



# El futuro ya pasó

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

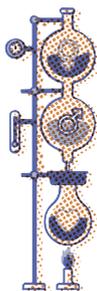
2024

Curso: Artes de la Escritura. Relatos del Futuro. Especialización en Comunicación,  
Gestión y Producción Cultural de la Ciencia y la Tecnología



# El futuro ya pasó

ANTOLOGÍA DE CUENTOS



Curso: Artes de la Escritura. Relatos del Futuro. Especialización en Comunicación,  
Gestión y Producción Cultural de la Ciencia y la Tecnología

**Autores:** Di Benedetto, Nuñez, Fredez, Gallará, Gaido, Milillo,  
Salinas, Espíndola, Ortiz, Franco

**Ilustradores:** Epstein, Picerno, Kotogian, Alfaro, Montero,  
Urriza, Boiani, Neya, Herrera, Sáez

**El futuro ya pasó / 1ª edición**

Editado por Leticia Martin

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Universidad de Quilmes ediciones

ISBN ...

1. Relatos del Futuro.

2. Ciencia Ficción.

I. Martin, Leticia Griselda, ed. II. Título.

CDD ....

**Edición:** Leticia Martin

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723 /

Derechos reservados / Prohibida su reproducción parcial o total

Impreso en Argentina

## **AUTORIDADES**

### **Universidad Nacional de Quilmes**

Rector

**Alfredo Alfonso**

Vicerectora

**María Alejandra Zinni**

### **Secretaría de Posgrado Universidad Nacional de Quilmes**

Secretaria

**Nancy Díaz Larrañaga**

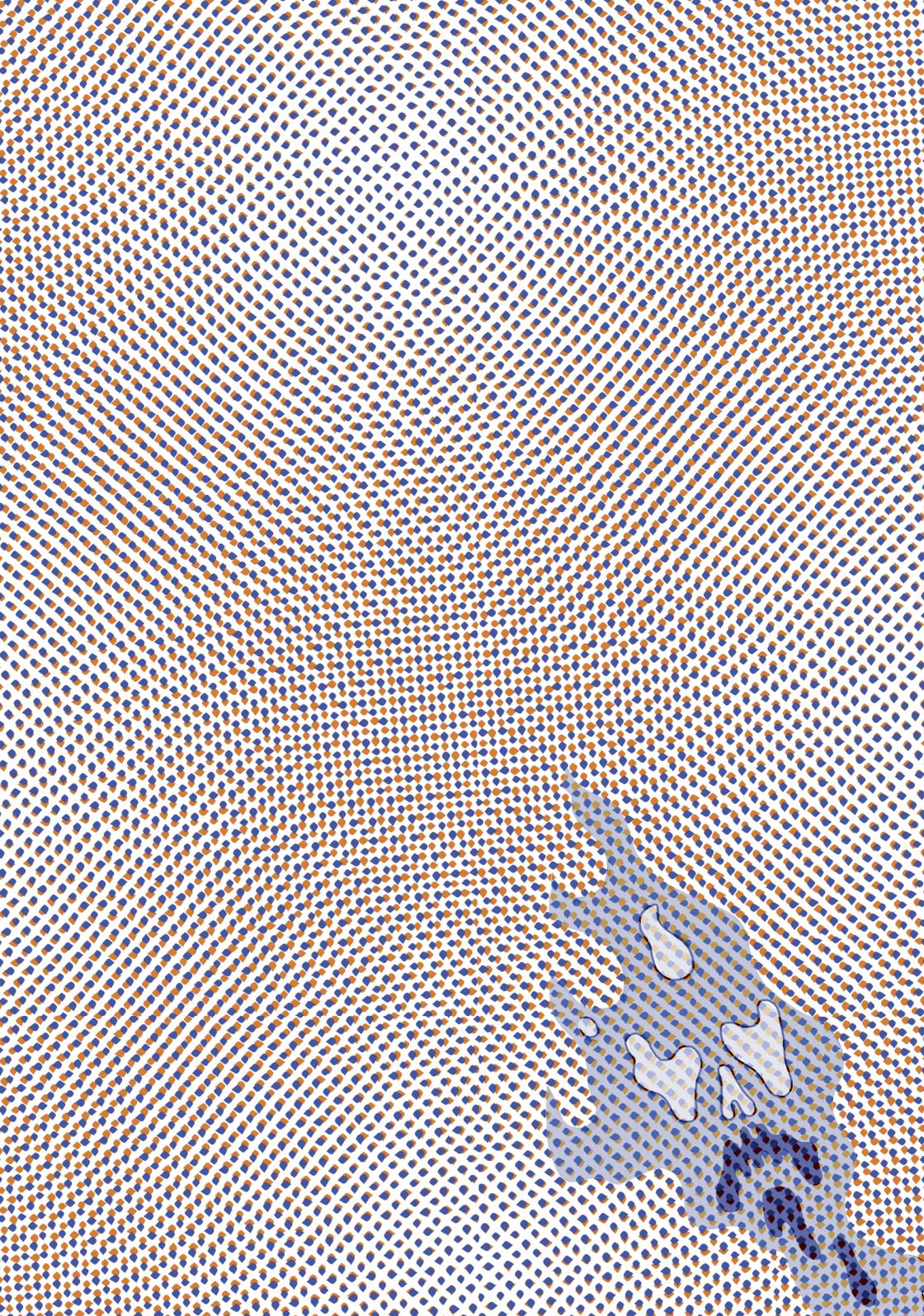
### **Especialización en Comunicación, Gestión y Producción Cultural de la Ciencia y la Tecnología**

Directora

**María Eugenia Fazio**

Docente del curso Artes de la Escritura. Relatos del Futuro.

**Leticia Martin**



Esta antología editada en el marco de la materia Artes de la escritura: Relatos del futuro y la UTEP hacen propia la demanda de una ley que promueva la creación del Instituto Nacional del Libro, un organismo que apoye, promueva y fomente la actividad de la industria del libro, y su desarrollo sostenido y creciente con una mirada federal, plural y equitativa, garantizando el trabajo y la bibliodiversidad.

De esta manera nos sumamos a la lucha de lxs escritorxs y demás trabajadorxs del sector que bregan por esta ley, que es una tarea pendiente del Estado para con un área estratégica de la cultura nacional.

**#LeyDelLibroYa**

**“El autor ha muerto”**

Roland Barthes



# Índice

**1 Luz azul** p. 13  
Texto: Julián Di Benedetto  
Ilustración: Isabella Epstein

**2 App Unborn** p. 27  
Texto: Soledad Núñez  
Ilustración: Lucía Piceno

**3 El metaverso** p. 35  
Texto: Eleana Fredez  
Ilustración: Bensch Kotogian

**4 SUSI-2520®** p. 45  
Texto: Fernando Gallará  
Ilustración: Hernán Alfaro

**5 La clonada** p. 55  
Texto: Vanesa Gaido  
Ilustración: Angelina Montero

**6 GuetoTest** p. 63  
Texto: Ayelén Milillo  
Ilustración: Mariana Urriza

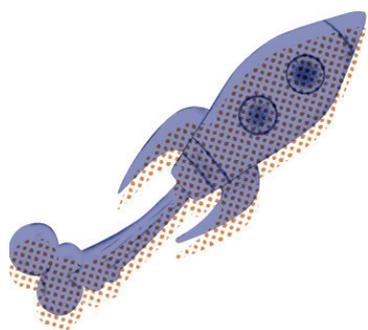
**7 Ansiedad terrenal** p. 69  
Texto: Ramona Salinas  
Ilustración: Lucía Boiani

**8 Montaña de perros** p. 77  
Texto: Mar Espíndola  
Ilustración: Neya

**9 El consolador** p. 85  
Texto: Al Ortiz  
Ilustración: Flavio Herrera

**10 Palimpsesto** p. 97  
Texto: Miriam Franco  
Ilustración: Federico Sáez





## **Palabras preliminares**

La antología que presentamos en las siguientes páginas es, entre otras cosas, el resultado del trabajo realizado en la materia Artes de la escritura: Relatos del futuro, dictada por la docente Leticia Martin, y correspondiente al posgrado “Comunicación, Gestión y Producción Cultural de la Ciencia y la Tecnología” de la Universidad Nacional de Quilmes, entre los meses de julio y septiembre de 2022.



# Luz Azul

**Texto:** Julián Di Benedetto

**Ilustración:** Isabella Epstein

El llamador de la puerta del kiosco tintineó al salir el último cliente. Además de un alfajor, el chico había comprado una carga de luz y la había tomado allí mismo, en el local. A oscuras, mientras la luz azul que emitía el celular resplandecía en su ojos, Clemente lo había observado casi con envidia desde el mostrador. Todavía faltaba una hora para que pudiera tomar su propia carga y la pesadez empezaba a adueñarse de sus hombros y sus brazos. “La peste del sueño”, como la llamaban en los noticieros, asomaba en su cuerpo. Pero a Clemente no le quedaba otra que esperar: su celular sólo habilitaría la carga de luz en la hora indicada. Se desencorvó sobre el taburete, ahogó un bostezo y prendió el televisor que colgaba encima de las heladeras.

Decidió que lo mejor para matar el tiempo era trabajar, así que enfiló para las cajas de galletitas que se apilaban al costado de las heladeras y que había traído la distribuidora el día anterior. Para completar los estantes, primero tuvo que vaciarlos: los paquetes más nuevos tenían que ir atrás y los de próximo vencimiento adelante. Ordenó las galletitas según la cantidad de octógonos negros estampados en sus envases, los cuales indicaban excesos de grasa, sodio, azúcar, conservantes o maltrato animal. Al ver este último octógono, Clemente recordó los debates furiosos

entre diputados del Partido Vegano y el Partido Serenísimo, que habían sido televisados el año anterior y que incluyeron el revoleo de pintura roja desde los palcos. Cuando terminó, Clemente dio unos pasos hacia atrás y contempló el prolijo degradé que formaban los envases y sus etiquetas de advertencia: de ninguna a tantas que, en las últimas, casi no se adivinaban las marcas de los productos. Clemente disfrutaba ver a los clientes dudando frente a ese estante y, apenas se acercaban a la góndola de galletitas, trataba de adivinar qué tan a la derecha iba a ir cada uno. A veces se sorprendía, como con aquella piba medio jipona que llevó varios paquetes, todos “elaborados con violencia animal”.

Clemente aplastó las cajas vacías en el tacho verde y volvió al mostrador. Separó del rollo cinco bolsas de plástico a base de algas. Le servía tenerlas a mano para embolsar más rápido las compras de los clientes, aunque le irritaba el eslogan impreso que lo saludaba desde cada bolsita: “Resistentes como el plástico, agradablemente degradables”.

Miró la hora: faltaban tres minutos para su carga. Apagó el televisor donde el Ministro, en conferencia de prensa, mencionaba algo sobre la continuidad del pleno empleo. Se inclinó por encima del mostrador y dejó su celular en la ranura de una máquina negra, casi tan alta como él y parecida a esas viejas expendedoras de café, pero mucho más brillante, como pulida mil veces. Clemente tecleó algo en la superficie digital del mostrador y un haz de luz salió desde la ranura de la máquina e iluminó el celular. Un suave pitido anunció que el proceso de precarga había concluido. Tomó el dispositivo y, mientras deslizaba con agilidad su pulgar derecho por la pantalla, con la otra mano buscó de memoria los dos interruptores instalados a la izquierda del mostrador. Apretó el primero y las ventanas del kiosco que daban a la calle se volvieron opacas. La puerta se trabó y del lado de afuera apareció un cartel digital que decía: “Carga en proceso. Por favor, espere”. Apretó la segunda tecla y los reflectores LED que colgaban de las vigas del techo se apagaron. El kiosco quedó en completa oscuridad, salvo por la débil luz del celular de Clemente. Tocó algunas veces más la pantalla y una luz azul intensa se adentró, precisa, en ambas córneas, atravesando sus cristalinos y retinas hasta llegar a sus nervios ópticos, quienes transportaron al cerebro la orden inequívoca de detener la biología del sueño. “Carga completa. Nivel de melatonina: controlado”, anunció una voz pausada en el móvil. Clemente volvió a apretar los interruptores y el cuarto se iluminó. Los hombros y los brazos ya no le pesaban.

\*

—Heaven, I'm in heaven. And my heart beats so that I can hardly speak...  
—¿Qué pasa, Mateo? ¿Estás de buen humor hoy? —preguntó Clemente al chico recordando que cantaba en un inglés perfecto desde uno de los dos monitores gigantes que iluminaban el monoambiente. Media hora antes, el primer turno de Clemente en el kiosco había terminado y, después de comer unos tacos, se había servido un vaso enorme de Coca-Cola descafeinada, se había sentado en su sillón gamer y se había conectado a la plataforma Game & Meet.

—Aaaand I seem to find the happiness I seek.

La voz de Mateo se acopló de repente con la de Louis Armstrong y la música invadió el departamento de su amigo.

—Dale, boludo. Sacale el share a esa música de dinosaurio que escuchás.

—When we're out together —Mateo subió el volumen— dancing cheek to cheek —cerró los ojos y se quedó moviendo los hombros. Clemente lo observó y se llevó el dedo índice a la pera.

—¡Jodeme que la besaste, gordo!

Mateo asintió sonriente, abrió los ojos e hizo un guiño.

—¡Nah! Qué bueno... ¡Con razón! Contame, gordo.

—Vos tendrás más plata que yo porque usás tus horas productivas solo para laburar —comenzó Mateo, al tiempo que bajaba el volumen de la canción—. Y está muy bien. Pero yo, que laburo un solo turno, que no me alcanza para un set-up tan bueno como el tuyo con sillón gamer inteligente, yo... Yo voy a la facultad, Clemen. Yo estoy donde están las minas.

—¡Pero si te vivís quejando de que en Ingeniería Social no hay minas!

—Es que no las hay. Bah, hay pocas. Pero eso no importa, porque alcanzó con que una se sentara al lado mío en Análisis Matemático II. Pegamos buena onda y quedamos en juntarnos a estudiar. Maite se llama, es divina. Yo soy un boludo, realmente pensé que nos juntábamos a estudiar, y, mientras elegía algunos ejercicios de integrales de línea para trabajar en la mesa táctil de su departamento, la mina me agarró de la cabeza y me encajó un beso.

—¿Y? ¿Estuvo bueno?

—Qué bueno, buenísimo. Yo estaba nervioso y duré diez segundos nomás. Pero ya nos vimos dos veces y creo que le estoy agarrando la mano. Inició la partida, dale.

Clemente, que lo miraba con cierta admiración, obedeció. Con su control dio comienzo al juego en el otro monitor y su personaje apareció en primera persona. Tenía unos brazos morenos tatuados que cargaban una pesada ametralladora. Más allá, se veía el personaje de Mateo, una

chica musculosa con uniforme militar y pelo rosa, una canana cruzada al pecho y un arma igual de grande.

—Bueno, vamos a matar un par de zombies comunistas —dijo Mateo, concluyendo la charla. Volvió a subir el volumen y la voz de Ella Fitzgerald acompañó las imágenes de zombies que recibían disparos y eran decapitados con hoces y martillos.

\*

Mientras Clemente regresaba al trabajo, la sensación de estar afuera de algo le picoteaba en la boca del estómago como una rara acidez. Desde su celular, navegó en el círculo virtual de amigos de Mateo por un rato hasta que encontró a una tal Maite Ríos, pero tenía el perfil privado y no pudo stalkarla.

Después de abrir el kiosco y de enviarle a la dueña un breve reporte de audio sobre el inventario, Clemente revisó que la máquina de precarga estuviera prendida y sin luces de error. En general, la gente tomaba su carga de noche, aunque para descomprimir los servidores, el gobierno había empezado a asignar cargas matinales.

Luego de un rato de inusual baja actividad, más por aburrimiento que por cansancio, un bostezo lo sorprendió al tiempo que la puerta del kiosco se abrió e ingresaba una chica de unos veinticinco años, con pelo castaño largo y ondulado, jean y remera negras y zapatillas blancas. Clemente se cubrió la boca con la mano y tensó los músculos del abdomen tratando de ahogar el espasmo, a la vez que con la mano libre hacía gestos de disculpas.

—No te preocupes, no me molesta —dijo la chica, mientras abría su riñonera.

—Disculpá, me agarraste justo —contestó Clemente cuando se pudo controlar.

—En serio, no me jode. ¿Sabías que los bostezos son contagiosos? Tienen mala prensa, pero son lo más natural del mundo —contestó, al tiempo que abría los brazos en cruz, cerraba los ojos con fuerza e inhalaba un despreocupado bostezo—. Y son placenteros —soltó, mientras exhalaba.

Clemente la miró con incredulidad y no pudo evitar sonreír.

—Te pido una precarga —dijo la chica, como respondiendo a la pregunta que Clemente se había olvidado de hacer.

—Ah, sí, sí. Apoyá en la ranura, por favor.

Ella dejó su celular en la máquina y, con ligereza, giró sobre sí misma, examinando el local. Se acercó decidida a la góndola de las galletitas.

Clemente tecleaba lentamente los comandos la superficie táctil del mostrador, como si sus músculos quisieran que la transacción y, por lo tanto, la presencia de ella en el kiosco, dure más de lo normal. La chica se dio vuelta y lo miró inquisitiva.

—Lindo detalle, ¿lo hiciste vos?

—¿El degradé? Sí —tartamudeó Clemente.

—Es como un termómetro moral de la merienda.

Clemente volvió a sonreírle. La máquina de precarga pitó y lo sacó de su obnubilación.

—¿Algo más? —preguntó, mientras la joven guardaba el celular en su riñonera.

—Sí, dame un marroc. Mi único pecado octogonal —contestó la chica.

Clemente sintió que le latía el cuello. Abrió la boca para decirle el precio de la precarga más la golosina, pero se escuchó decir otra cosa, como si sus cuerdas vocales entraran en franca desobediencia con su cerebro y tomaran el control de su habla.

—¿Cómo te llamás? Yo soy Clemente, ¿te puedo dar mi número?

—Me llamo Nicola. Un gusto, Clemente. Eh, sí, dale.

—Podemos tomar algo algún día —apuró Clemente, como intentando explicar su arrebatamiento.

—Sí, dale.

Nicola le sonrió mientras Clemente anotaba con desprolijidad su número en el dorso de un ticket de papel de algas usado. La chica pagó y salió con ligereza.

\*

El departamento de Nicola era modesto. Un sillón, un televisor, una mesa ratona y una biblioteca con más adornos que libros eran los muebles principales. Entre el sillón y la biblioteca había dos puertas; una, entreabierta, permitía ver el lavamanos y los azulejos en su interior. La otra estaba cerrada.

—¿Cuántos ambientes tiene el departamento? —preguntó Clemente mientras Nicola destapaba la tercera cerveza.

—Dos. Es un poco antiguo, lo sé —se disculpó ella—. Pero le doy uso, creeme.

—¿Qué hay en el otro ambiente?

Nicola lo examinó durante unos segundos.

—Fijate, si querés —respondió finalmente.

Clemente dejó el vaso en la mesa, caminó hasta la puerta y giró el picaporte. Un aroma a lavanda lo invadió. Clemente reconoció enseguida una cama grande con varios almohadones de distintos tamaños, iluminada por un velador antiguo que despedía una luz rojiza y tenue.

—Pensé que estaban prohibidas —dijo Clemente desde el umbral de la habitación.

—¿Prohibidas? No, nunca estuvieron prohibidas —contestó Nicola, se paró y caminó hacia él—. Solo que ya no cumplen ninguna función para las personas en edad productiva.

—¿Y por qué tenés una?

—Por esto —respondió ella apoyándose en el marco de la puerta y levantando a la altura de los ojos de Clemente un frasquito con un líquido color miel en su interior—. Esto los engaña. Esto nos permite dormir.

—¿Dormir?

—Sí, dormir. Cerrar los ojos. Soñar. Perderse.

—¿Y la productividad?

—La productividad sigue siendo productiva. Tenés que dejar de ver televisión, Clemente. Además, nosotros dormimos en las horas de ocio, mientras el resto sale a comer, juega videojuegos o ve películas de mierda en los cines 5D.

—¿Quiénes son nosotros?

—Somos varios. Me gustaría que conozcas a Rubén, él nos consigue esta miel y los libros. Tomá, esta es para vos. ¿Sos carga diurna o nocturna?

—Diurna, pero...

—Genial —lo interrumpió Nicola—. Mañana, cinco minutos antes de la carga, ponete una gotita en cada ojo. Después tomá la carga normalmente. No te va a hacer efecto, pero tu celular va a pensar que sí y no va a dar ninguna alerta al Ministerio. En lo que a ellos concierne, tu cerebro recibió los impulsos eléctricos correctamente y estás diez puntos. Ojo —prosiguió Nicola—, te advierto que te vas a sentir como la mierda. Pero terminás el turno y te venís inmediatamente para acá, te voy a estar esperando.

Clemente había sentido el impulso de salir corriendo hasta que Nicola pronunció esa última frase. De repente, una propuesta peligrosa como la que le estaban ofreciendo se volvió interesante: de seguirla, volvería a verla. El recuerdo del perfume de la habitación, el aire fresco de la noche y el abrazo distante pero cálido de despedida, lo acompañaron como un remolino feroz durante el regreso al kiosco.

\*

—Ah, estás hecho mierda —lo describió Nicola apenas le abrió la puerta al día siguiente.

—¿Qué tienen las gotitas que me diste? Me siento horrible —respondió Clemente, mientras se arrastraba hacia adentro del living. Las persianas estaban bajas y un perfume dulzón flotaba en todo el ambiente.

—No tienen nada. Ya te expliqué: más que hacerte algo, detienen lo que te hace la carga de luz. Esto que estás sintiendo ahora es sueño. Tenés sueño, Clemente.

Nicola lo escoltó hasta la habitación. Con un empujoncito lo sentó en la cama y le sacó las zapatillas.

—Ahora vas a dormir. Recostate —le indicó Nicola, que después lo tapó con una frazada, se inclinó sobre él y le acomodó con destreza los almohadones debajo de la cabeza. Clemente pudo ver la silueta de sus senos moverse dentro del escote. Quiso hacer algo, tal vez tomarle la mano o incluso besarla, pero antes de que pudiera hacer algún movimiento, Nicola ya había apagado el velador y de un salto se había alejado hacia el umbral de la pieza.

—Cerrá los ojos—ordenó mientras cerraba la puerta.

Clemente se durmió.

\*

—La primera siesta no es la mejor. No conozco a nadie que haya dormido más de dos horas en la primera siesta. Profunda como un charquito, liberadora como una explosión.

Clemente se agarró con torpeza del picaporte de la puerta del cuarto. En el sillón de Nicola un hombre de unos sesenta años, de pantalón azul y una vieja camisa Levis, con una barba de tres días y un bigote canoso y tupido, le hablaba mientras enrollaba con concentración un cigarrillo. Al costado, apoyados sobre su muslo flaco, descansaban tres libros.

—Yo soy Rubén. Supongo que Nicola te habrá hablado de mí. Ella tuvo que salir.

—Nicola me pidió que la cubriera, alguien tenía que controlar que no te quedaras dormido. No queríamos que llegaras tarde al kiosco y que levantaras sospechas. Igual, la primera siesta nunca pasa de las dos horas, así que seguramente te ibas a despertar solo. Es ley. Supongo que es porque el cuerpo se rebela ante un estado que considera hostil.

Clemente dio unos pasos hacia adelante e inspeccionó la sala.

—En la mesada hay café. Servite. No es descafeinado así que tomalo, te va a ayudar a sentirte menos boludo que lo que te sentís.

Clemente le hizo caso. Si algo describía con precisión lo que sentía en ese momento en su cuerpo y en su cabeza era la palabra “boludo”. Llenó una taza del Pato Donald con el líquido humeante y se sentó en el sillón al lado del viejo, quien prendió el pucho.

—Mirá. Se supone que yo ahora te hago la inducción. Te cuento qué hacemos y por qué lo hacemos. Que doy un gran discurso y que vos te convencés. Entonces la película se acelera y se arma una bola de nieve tal que terminamos en Plaza de Mayo haciendo la revolución. Bueno, nada que ver. El único discurso que tenés que escuchar ya lo oíste y fue en esa habitación donde te planchaste dos horas.

—Las gotitas, ¿las tengo que seguir tomando? —preguntó Clemente después de un largo sorbo.

—Sí, pero de a poco. Tu cuerpo casi no recuerda lo que es dormir, así que no podés torrar ocho horas de golpe. Mañana volvés a tomar tu carga de luz, sin gotitas. Y así unos días más hasta que te sientas bien y con ganas de hacer cuerpo a tierra —Rubén dio una pitada y se relajó sobre el respaldo del sillón, exhalando el humo hacia el techo—. Vas a escuchar como una musiquita en tu cabeza en estos días, ¿sabés? Es tu inconsciente, a puro bombo y redoblante, pidiendo paritarias y pase a planta permanente. Lo tuvieron mucho tiempo relegado. Así que preparate para soñar, también. Vas a soñar de lo lindo.

Rubén apagó el cigarrillo en el cenicero y se paró con dificultad, dejando a la vista los tres libros sobre el sillón. Clemente giró la cabeza y los miró.

—Voy al baño y nos vamos, ¿dale? Esos son para vos, se me ocurrió que te van a hacer buena compañía en este proceso de —Rubén buscó la palabra correcta durante un momento— cambio. Sí, cambio. Calzate que ya salimos —e ingresó al baño.

Clemente dejó la taza en la mesa ratona, agarró el primer libro y lo ojeó de atrás para adelante. Se detuvo ante una frase doblemente subrayada con lápiz y la leyó de forma pausada y en voz alta.

—De esta manera, a la fatiga de una jornada desmesuradamente larga —ya que es de por lo menos quince horas—, se suma para estos infelices la fatiga de las idas y venidas tan frecuentes, tan penosas. El resultado es que a la noche llegan a sus casas abrumados por la necesidad de dormir, y que a la mañana salen antes de estar completamente descansados, para encontrarse en el taller a la hora de su apertura.

—El derecho a la pereza, de Paul Lafargue —proclamó Rubén, mientras salía del baño y se terminaba de secar las manos en su camisa—.

Tiene como 160 años el librito ese. Te digo, pibe, para mí estos hijos de puta lo leyeron, pero lo entendieron al revés.

\*

“¿Jugamos hoy? Dale, que hace como dos semanas que no viciamos”. Clemente apuró un “Hoy no puedo, Mateo” y dejó el celular a un costado. Nicola había salido del baño y se acercaba a la habitación.

—Te voy a confesar algo —dijo ella mientras se acurrucaba a su lado. Al principio no me resultaste atractivo. Hasta que soñé con vos. Es increíble, un sueño puede cambiarte la forma de ver algo.

—Bueno, a mí me gustaste desde el momento cero. Pero si de confesiones se trata, tenés que saber que fuiste mi primera.

—Sí, ya sé —contestó ella bostezando y lo apretó contra sí. De a poco se fueron quedando dormidos.

Los golpes en la puerta del departamento los sacaron de la modorra. De un salto, estaban los dos en la sala. Nicola observó por la mirilla, hizo una pausa mirando a Clemente y abrió la puerta.

—Señorita Leali, señor Gallo. Somos los agentes Sáñez y Cendoya, del Ministerio de Productividad y Seguridad. Se los encuentra responsables de haber incumplido la Ley Despierta, por lo que estamos autorizados a detenerlos. Nos van a tener que acompañar.

\*

El agente Sáñez ingresó a la sala de interrogatorios después de lo que a Clemente le parecieron dos largas horas. La habitación era pequeña. En una de las esquinas, casi a la altura del techo, Clemente divisó una cámara y, a su lado, un dispositivo con forma de catalejo que no pudo reconocer. Los ojos verdes del agente contrastaban con su pelo gris y su piel oscura, perfectamente afeitada. Se sentó, apoyó el pulgar en la mesa y empezó a navegar en las imágenes que la superficie devolvía hasta que se detuvo en uno de los documentos.

—Clemente Gallo. Diecinueve años. Huérfano. Productivo: usa los dos turnos para trabajar. Sin antecedentes. Responsable y amable, según la dueña del kiosco y los clientes, respectivamente. La última incorporación de la Banda del Sueño.

—¿La Banda del Sueño? —preguntó Clemente.

—Así le llamamos en el Ministerio. ¿Qué? ¿Tienen otro nombre?

—No. No tenemos nombre. No somos una banda.

—Bueno, el Ministerio no piensa lo mismo. Es más, para el Ministerio no solo son una banda articulada, sino que son la figurita más buscada de los últimos meses.

Sáñez volvió sobre la mesa y abrió otros archivos, que se acomodaron solos a lo largo de la superficie.

—Rubén, el bibliotecario y la cabeza intelectual del grupo. Sabemos que lo conociste. Después hay otros integrantes. Está la bioquímica que sintetizó ese invento aberrante que llaman “miel”. El “repartidor”, un taxista simpaticón, lo agarramos durmiendo. Y una serie de personajes más con distintos grados de responsabilidad. Ya fueron cayendo, uno a uno. Vos y tu novia son los últimos.

Clemente tragó saliva.

—Nicola, ¿está bien? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí, sí. Lo que no está bien es lo que hicieron. En el allanamiento a tu líder encontramos una especie de borrador de manifiesto. Estaba titulado “Contra la luz azul” y decía innumerables pavadas sobre “el mal de la productividad” y no sé qué cosas sobre las ocho horas de trabajo, las ocho horas de ocio, las ocho horas de descanso y otras sandeces más. Me parece que al tipo le hizo mal tanta biblioteca, te soy sincero. En todo caso, elaborar propaganda contra lo que nos permite tener una sociedad sana, es considerado un acto de terrorismo por el Ministerio.

—¿Terrorismo?

—Sí, terrorismo. No el de hace cien años. Sino el que intenta implantar dudas, recelos sobre el orden social. A tu jefe le faltó leer un poco de historia. Nosotros éramos tercermundistas, Clemente. Un país pobre, poco desarrollado, desigual. Pero con la manipulación adecuada de la luz azul y la promulgación de la Ley Despierta, hace veinte años que el país no solo crece sin parar, sino que parece otra nación completamente distinta. Como dice el Ministro en su libro *Las horas productivas*, la luz azul nos quitó ese último reducto de animalidad que era el sueño. Dormir era el obstáculo para ser mejores. Para entregarnos a lo verdaderamente humano: trabajar.

El agente pellizcó la mesa y esta se oscureció. Se inclinó sobre el respaldo de la silla y observó a Clemente durante unos segundos.

—Por ejemplo, mirate a vos, un pibe recién salido del colegio, trabajás un turno desde los trece años y dos turnos desde los dieciocho. Del orfanato directo a alquilar tu propio departamento. Esa es otra cosa que

los jóvenes naturalizan. Con El Despertar, como lo llama el Ministro, se resolvió el problema de la vivienda. Vos no llegaste a conocer las villas miseria. Pero la ecuación fue bastante simple, porque, en un punto, es un problema espacial: si la gente no duerme, entonces no son necesarias tantas habitaciones. Así que donde había un departamento, ahora hay dos, o tres, o cuatro. ¿Te das cuenta?

—Ni Nicola ni yo hicimos nada malo —afirmó Clemente, tratando de detener la perorata del agente.

—Eso no lo decidís vos ni tu novia —contestó con severidad—. Aunque, en un punto, tenés razón. Por lo menos en lo que a vos respecta. Nicola estaba más involucrada: repartió una sustancia prohibida, así que probablemente la van a guardar por más tiempo. Vos sos el eslabón más débil de la cadena. Por eso, el Ministerio te ofrece una salida bastante aceptable —el hombre volvió a activar la pantalla de la mesa y deslizó hacia Clemente un documento digital—. Un compromiso, digamos.

Clemente se asomó a la mesa. Trató de leer pero los nervios se lo impedían. Una gota de transpiración se deslizó por su sien y cayó sobre la pantalla, lo que impacientó al agente.

—Dice que te dejás de joder con lo del sueño. Que no sabías lo que hacías. Y que, además, te prestás de voluntario a la Carga Total que está probando el Ministerio. Es una carga de luz, pero un poco más potente. Nada muy diferente a lo que ya conocés. Poné el dedo tranquilo.

Clemente dudó unos instantes. Se secó la transpiración de la mano en la remera y apoyó el pulgar al final del documento digital. El agente sonrió y pellizcó la pantalla, que se ennegreció.

—Ahora vas a recibir la carga de luz —dijo, mientras se paraba—. Te va a venir bien, sabemos que no tomaste la última —y salió.

El catalejo al lado de la cámara comenzó a moverse en dirección a Clemente. La tapa del dispositivo se abrió y un vidrio azulado se mostró en su interior. La sala se oscureció de repente. Clemente escuchó un pitido y, un segundo después, el catalejo lo bañó en una potente luz azul. No pudo cerrar los ojos.

\*

—Resistentes como el plástico, agradablemente degradables —tarareó Clemente en voz alta, mientras desplegaba un nuevo rollo de bolsas de plástico a base de algas sobre el mostrador del kiosco.

Cortó dos bolsitas y las ató por sus extremos. Cortó una más y la ató a las otras. Repitió el procedimiento varias veces hasta formar una hilera de un metro y medio. Se paró con cuidado sobre el taburete y, estirando el brazo, calculó la distancia hasta las vigas desde donde colgaban los reflectores LED. Pasó la improvisada cuerda por una de las vigas y observó qué tan bajo caía la sogá.

—Un par de bolsas más —murmuró—. Resistentes como el plástico, agradablemente... —El llamador de la puerta interrumpió su cantito.

—Acá estás, pelotudo —Mateo levantó los brazos y juntó las manos como en un aplauso, mientras ingresaba dando zancadas. —¿Qué pasó? ¿Tenés el celular apagado? Te mandé dm desde todas las plataformas posibles.

—¿Qué hacés acá, Mateo? ¿No tenés facultad?

—Veo que tampoco prendiste la tele —Mateo se detuvo ante el trencito de bolsas anudadas sobre el mostrador— ¿Qué mierda estás haciendo? —Pero no esperó la respuesta y señaló el televisor apagado. —¿No te enteraste? Se murió el Ministro, boludo.

—¿Qué?

—La quedó el viejo, nomás. Y desde el gobierno decretaron medio feriado en su honor. No sé si es lo que él hubiera querido, son como horas perdidas para él. Pero bueno, está tomuer, así que qué importa. Lo van a velar en Casa Rosada, Clemen. Te vine a buscar así vamos. Pero vamos ya, que se está empezando a llenar la Plaza de Mayo y no quiero quedarme sin ver de cerca al viejo en el cajón.

Clemente lo miró desconcertado. Finalmente hizo una pelota con la sogá de bolsas y la tiró abajo del mostrador.

—Déjame que le aviso a la dueña que voy a cerrar —dijo Clemente, agarrando su celular.

Mateo asintió satisfecho, se secó la transpiración de la frente y empezó a caminar por el local. Se detuvo ante el estante de galletitas y observó el degradé de octógonos negros. Sonriendo, se dio vuelta hacia Clemente.

—Lindo detalle, ¿lo hiciste vos?



# FERTIL



INTERES ESTEBAN	80%
INTERES EVA	15%
CREDITOS	100
TIEMPO	5:00

# App Unborn

**Texto:** Soledad Nuñez

**Ilustración:** Lucía Picerno

—Descárgate la aplicación, no perdés nada, le decía Julia a Eva, sentadas frente a lo que alguna vez había sido la orilla de un río.

—¿A vos te parece?, en un par de años cumpro 40, ¡40 años de relaciones que nunca me llevaron a nada! No estoy para hacerme una fertilización asistida —decía Eva, desesperanzada.

—Conocés bien la situación, no va a ser fácil encontrarlo. No tenés mucho tiempo, intentá. —Julia tomó el dispositivo del bolso de Eva, buscó la app UNBORN y leyó la descripción. —Acá dice que está avalada por la ONU y la OMS, me imagino que los tipos que podés encontrar ahí tendrán algún mínimo de decencia.

La pulsera de Eva emitió un sonido estridente, le indicaba que ya debía regresar a su casa para continuar con sus clases virtuales de violín.

—No te prometo nada. Voy a ver si encuentro más información. Más tarde hablamos —se despidió Eva.

Subió a su auto y en voz alta le indicó que la llevara a su casa por el camino más corto, estaba apurada. El auto se encendió al reconocer la voz de Eva, dando inicio al recorrido. La ciudad parecía desolada y eran apenas las 6 de la tarde. Eva recordó los hermosos atardeceres, el canto de las aves. Nada de eso podía apreciarse ya.

Una vez en el departamento, Eva tomó su dispositivo del bolso, lo encendió de prisa y buscó la aplicación. Tenía más de 500.000 descargas y a medida que pasaban los segundos iban aumentando. Respiró profundo y decidió descargarla.

—Más vale que Julia me ayude con todo esto. Hasta que haga match con alguien pasarán semanas. Seguro que habré descubierto qué es lo que tengo. —Se dijo a sí misma.

Una vez descargada, la aplicación le solicita a Eva algunos datos como: nombre, apellido, lugar de residencia y otros datos necesarios para armar una biografía atractiva.

De repente se escucha una voz que sale del dispositivo:

—Colocá cerca de la cámara un pelo con raíz o bulbo y asegúrate de que la misma pueda escanearlo.

Una luz verde atraviesa la pantalla. Miles de números y letras comienzan a aparecer a una velocidad demencial, GTCATGAUAUT 67, 876,342,87, GTAUTCCCAAGGUTA CATGCCAT, 123, 53,24544,...

Luego de varios minutos, vuelve a escucharse la voz en el dispositivo:

—Ya hemos realizado el análisis de tus genes. Para complementar la información necesitamos que respondas algunas preguntas:

—¿Cuál es tu banda de música preferida?

—No tengo —responde Eva cortante.

—¿Cuál es tu signo zodiacal?

—¿Esto es en serio, te parece algo necesario para poner en mi descripción? El dispositivo vuelve a repetir la pregunta.

—¿Cuál es tu signo zodiacal?

—Tauro, responde Eva con disgusto.

Luego de una serie de preguntas, la app solicita el último paso.

—Sonríe, voy a tomarte una foto.

Eva intenta poner su mejor sonrisa, aunque se encuentra algo disconforme.

Cegada por la luz de flash, recibe el disparo.

Click.

—Muchas gracias por sumarte a la comunidad UNBORN, has completado tu perfil. A partir de ahora recibirás muchos likes y mensajes. Un cartel luminoso titilante aparece en la pantalla, “¡A reproducirse! Feliz fecundación.”

\*

Una semana antes de abrir su perfil, Eva había recibido un manuscrito. Por su aspecto y aroma a celulosa oxidada, aparentaba tener algu-

nos cientos de años. Al abrirlo, Eva descubre información que salvaría a toda la humanidad de la extinción. Ella no lo sabía, pero su sangre contiene la fuente de vida: deberá engendrar. Se lo requiere el Estado en el que vive. Releyendo el manuscrito, Eva reconoce que está escrito de puño y letra de su propia madre, ¿cómo pudo pasar esto si su madre ya es polvo cósmico?

—¿Qué es lo que tengo? ¿Será algo en la sangre? —pensó Eva.

Prendió la luz de su habitación y se dirigió al placard donde guardaba los apuntes de su madre. Ella había sido una médica muy reconocida, expulsada de la Universidad por realizar estudios no avalados y por malversación de fondos. Había cientos de carpetas en cajas marrones. Cada una tenía nombre y apellido, eran estudios en seres humanos.

—¿Por qué no habré digitalizado toda esta información? Bueh, qué iba a saber yo que en algún momento me iban a servir para algo todos estos papeles viejos. —Se responde a sí misma, convencida que allí está la respuesta.

Después de varias horas de buscar en las cajas, encuentra una carpeta con su nombre, tenía su fecha de nacimiento. Estaba vacía.

\*

Eva despierta al día siguiente en el sillón rodeada de cajas y papeles, le duele todo el cuerpo.

—Tienes mensajes sin responder. Tomate una ducha, en unos minutos te contactaré con Esteban. —Le explica el dispositivo.

Eva lo toma. Apenas puede abrir los ojos. Tal y como lo ha escuchado, tiene una cita programada a las 9:00 con Esteban y otra a las 11:00 con un tal Juan.

—¿En qué momento pasó esto? —se dice a sí misma.

Va hasta su dormitorio, elige un vestido cómodo y prepara el lugar como si fuese a recibir visitas.

A las 9:00 comienza a proyectarse en el living un holograma que parece estar saliendo del dispositivo.

—¿Cómo estás, Eva? Soy Esteban.

—Hola. Es la primera vez que me contactan con alguien. ¿Vos ya hiciste esto antes?

—Sí. Me registré hace dos semanas cuando se creó la app. Pero no tuve muchos encuentros. Se ve que no soy muy compatible genéticamente con las mujeres que se han registrado. —Responde Esteban con una

voz ruda, de recién despierto, usando las últimas pantuled edición animal print. A Eva siempre le parecieron demasiado ostentosas.

—Ah...

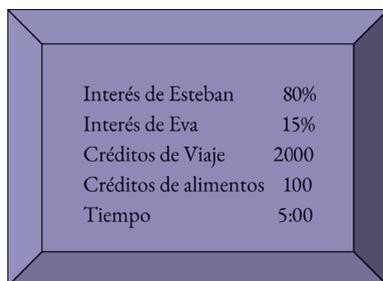
—Al parecer, vos y yo lo somos —agrega Esteban.

—Sí. Verdad. ¿Y hace mucho tiempo que querías ser padre? —comenta Eva con la voz titubeante.

—Hace algunos años.

Eva respira profundo. Queda atónita ante la mirada penetrante de Esteban. “¿Qué le digo ahora?”, piensa Eva. “Yo le dije a Julia que esto iba a pasar. No estoy para perder tiempo”.

En la pantalla del dispositivo aparece un index sobre el encuentro, números que bajan y suben en función de la conversación.



Interés de Esteban	80%
Interés de Eva	15%
Créditos de Viaje	2000
Créditos de alimentos	100
Tiempo	5:00

Esteban intenta tocar a Eva que se levanta del sillón y comienza a caminar por el living.

—Esperá. Me gustaría conocerte. Encontrémonos.

Eva se siente aturdida ante la inmensidad del acontecimiento que le parece demasiado abrupto y directo.

—Mirá tengo otro encuentro a las 11:00. Estoy conociendo la aplicación. ¿Te parece que hablemos más tarde?

—Sí, pero te voy a dejar algunos mensajes para que me sigas conociendo así conseguimos más divisas.

Vuelve a mirar el dispositivo. Los números siguen corriendo.

—Mirá que nos corre el tiempo, ¿eh? Cuidate.

Una vez terminada la llamada, Eva recibe un informe del encuentro y un cupón de beneficios para la compra de alimentos, descuentos en productos y eventos sociales. Las ideas corren a gran velocidad por su cabeza, tiene que organizarse. Toma el dispositivo y cancela el encuentro con Juan.

Camino a la Universidad, con la mirada perdida en las construcciones, una serie de recuerdos corren por su mente. Son imágenes y conversaciones con su madre. En el último tiempo que vivieron juntas, Eva había sido partícipe de situaciones no muy agradables. Los problemas ambientales iban creciendo, los recursos naturales eran devastados y los alimentos habían pasado a ser un bien tan escaso como indispensable para preservar la especie.

Eva entra apresurada al laboratorio de genética. Le cuenta a Julia todo lo sucedido desde que se vieron.

—Esteban te ha enviado mensajes. Se oye la voz del dispositivo desde su bolso.

—Fíjate qué te escribió. Contestale. Decile que querés verlo. ¿Vas a contarle? —la apura Julia.

Eva estalla. —¿Qué querés que le diga, Julia? Vos, Esteban, Juan, la app, el fantasma de mamá, todos me preguntan cosas y no tengo respuestas. —Eva toma sus cosas y se va dando un portazo.

Angustiada por la situación de no poder controlar sus propios deseos, se dirige al laboratorio de la Universidad para hacerse unos estudios y así poder poner el punto final a tanto misterio.

Por el pasillo escucha su nombre. Entra a una habitación muy luminosa con largas mesadas, tubos de ensayos con líquidos de colores y pantallas led cada dos metros. Una enfermera aparece en el lugar, le comunica que debe tomar muestras y realizar una extracción de fluidos corporales. Una vez finalizado, se dirige a la habitación contigua donde es escaneada en 4D. Los resultados llegaron de forma inmediata a su dispositivo. “FÉR-TIL. VALORES NORMALES PARA LA EDAD”. La historia clínica tiene más de 20 hojas, incluye un video y una serie de fotografías del escáner.

—¡Qué novedad! —murmura. Toma su dispositivo y se va al bar de la recepción para canjear su cupón y almorzar.

Desde hace algunos años, la contaminación del ambiente y la pérdida de biodiversidad habían causado estragos en la población. No era fácil conseguir “buenos” alimentos, y eso de alguna manera, modifica la salud reproductiva de los seres humanos. Eva siempre tuvo acceso a ellos, sabía perfectamente que estaba dentro del grupo privilegiado. Aún así, aprovecha al máximo los beneficios que le otorgaba el Estado a través de la app.

Camino a su casa se encuentra con un viejo amigo de la infancia, Ismael. Siempre estuvo enamorada de ese chico, pero por una u otra ra-

zón, no quiso perder su amistad y tomó la decisión de no tener más encuentros por fuera del ámbito profesional. Le cuenta que conoció a una mujer en su viaje por Italia y que está perdidamente enamorado de ella. Consiguió divisas para traerla a vivir con él. En llanto desconsolado le confiesa que ella no puede tener hijos. Toda su vida trabajó en el campo, está atestada de pesticidas.

\*

Eva no puede dejar de pensar en Ismael. Ella sí es fértil. Tomó el dispositivo del bolso, abrió y leyó los veinte mensajes que le había escrito Esteban. Uno peor que el otro, fotos que nadie le pidió. Era despreciable. Le responde, está dispuesta a encontrarse con él.

—Todo sea por verlo a Ismael feliz. Cuando me reproduzca estudiaran al bebé. Si voy a salvar a la humanidad que sea por una causa justificada. —piensa convencida.

El dispositivo anuncia el día del encuentro, horario y lugar. Coincide con la fecha de ovulación, Eva no se sorprende. También le transfiere cupones de descuento para el mantenimiento del bebé y su alimentación.

El encuentro se concretó el día 12 de septiembre, a las 14:30. Corto y conciso.

—¡Felicidades! Fuiste fecundada. Gracias por utilizar los servicios de Unborn. Se oye la voz del dispositivo. Eva queda perpleja en el baño. “Esteban no alcanzó a escucharlo, seguro. Tengo que irme de acá”, piensa.

\*

—¡Abrime! —grita Julia golpeando la puerta.

Eva se levanta con pesadez del sillón, no tiene la misma agilidad que hace meses atrás.

—Abrí los portales, ¿no viste nada? ¿No escuchaste nada en las calles? —le dice su amiga desencajada. ¿Hace cuánto que no ventilas la habitación?

—Por eso vivo sola, para que nadie me diga lo que tengo que hacer, Julia.

Abre las cortinas de la habitación, un rayo de luz penetrante deja ver el desorden. Julia levanta la ropa del suelo, acomoda la mesa y se sienta a su lado.

Eva comienza a leer las últimas noticias, entra en el portal en vivo del canal 14. Las imágenes muestran a manifestantes cortar la calle de la Jefatura. Vuelan piedras, carteles y el humo parece asfixiante.

—Están destruyendo todo, ¿qué pasa? —dice Eva

—¿Pero no te das cuenta? Son ellos, los infértiles.

—Seguro están buscando más beneficios. No van a entender nunca.

—¡Eva mirá los carteles! Están atentando contra la Jefatura. ¡Van a entrar!  
Uno de los manifestantes toma el micrófono del periodista.

—Esto lo tiene que saber todo el mundo. ¿Se dan cuenta hasta dónde llegamos? Crearon una máquina para desarrollar un software capaz de imitar la escritura humana. Están locos. Están robando datos, pero esta vez se fueron al carajo. Te obligan a reproducirte, pronuncia mirando fijo al periodista. ¿ Y nosotros qué?

La transmisión se detiene de golpe, el canal emite comerciales.

Eva apaga la pantalla. Comienza a sentirse mareada.

—No puede ser Julia, tiene la letra de mamá.



# El Metaverso

**Texto:** Eleana Fredez

**Ilustración:** Berch Kotogian

*Escrito para “Relatos del Futuro”  
de una clase en el mañana.*

Cuando supe la noticia, pude haberme infartado. Corrí sin parar hasta casa, pateé el portón y grité:

—¡Vieja, estamos hechos. Ahora sí estamos hechos!

“Mi vieja”, mujer experimentada, de 84 pirulos, al abrir la puerta, tan contundente como siempre, me respondió —¡Omar, andá a laburar!

Yo le juré durante toda mi vida que cuando fuera grande le iba a comprar una casa. Pero me dediqué desde los 12 años a hackear y vender contenidos exclusivos de personas o empresas por internet. Hasta que cumplí 18 y, regularización mediante, me quedé sin pirateo. Igualmente, ya nada de eso importaba si lo anunciado en los medios nos permitía volar.

Todo comenzó con el lanzamiento del Programa Avance por la Igualdad. El Presidente mundial Lion Mask, junto a un representante de primerísima línea de la Nasa y militantes científicos del movimiento Espacio Centrífugo, anunciaron la apertura de inscripción de la sociedad civil para viajar, asentarse y vivir en Marte. Un plan de costo cero que incluía: traslado, vivienda, alimentos y servicios. Los únicos requisitos del programa eran que se estuviera desempleado, no se tuvieran hijos o menores a cargo, y se aboliera [de por vida] el documento nacional de identidad.

Estaba volviendo a casa en el tren rayo, leyendo desde mis lentes las novedades de las redes sociales, chusmeando portales y respondiendo mensajes, cuando apareció semejante anuncio ante mis ojos.

No me dieron las piernas para bajar, atropellar personas y cruzar la calle desesperadamente, con la boca seca y una mente repleta de pájaros carpinteros que martillaban mi deseo de contárselo a mi abuela. Hasta que pude.

Me llevó un tiempo convencerla de que me escuche.

—¿Un plan...?. Me sacó rajando. —Otra que Spiderman y el Metaverso, ¡ya creciste, nene! —me reprochó por mi afán en la infancia a los cumpleaños clásicos de los ‘20. Mi abuela se bancó todas. Mis largas horas y días de real connection play, acompañadas de inentendibles explicaciones para cualquier ser humano ajeno al For Live; tiempo en el que ella se quedaba —escuchándome— hasta volverse “piedra”, con tal de estar a mi lado. Por eso no podía fallar en esta nueva misión.

### 3

Preparé la escena. Mientras el olor a café inundaba la habitación, le pedí que se sentara, cerré la puerta, oscurecí la ventana y comencé a hablarle:

—¿Te lo cuento, vieja?

—¡Dale, Marciano!

—¡Vieja! Esto es en serio. Tantos años alquilando, vos sola teniendo que hacerte cargo de mi persona y mis gastos... Ahora podemos vivir nuestro sueño.

—¿A eso le llamás vivir?

—¿Qué más querés? Techo, morfi, chupi, robots mucamas, electrodomésticos de ultra generación, colchón lunar a estrenar, te dan todo. Todo.

—¿Y qué voy a hacer yo una vieja con reuma que apenas puede caminar ahí?

—Lo que quieras. Mirar novelas, descansar. ¡Vivir!

—¿Vos me querés llevar a Marte a mirar novelas? ¡Ay, mijo! Me hacés acordar a tu padre.

—No. Te llevo a vivir tus últimos años como una reina. Y a que tengas, antes de morirte, una casa propia... (Me quiebro)

—¡Pero yo tengo mi casa!

—Pero no está a tu nombre.

—¿Y esa a nombre de quien va estar? Si te la da el Gobierno.

—Vamos a tener una autorización de uso.

—Andá y averiguá bien.

No me quedó otra que llamar al número que habían publicado en los medios para “más información”. Llamé en altavoz delante de ella, y “por supuesto” con su celular. La vieja desconfía de toda nueva tecnología. Marqué. Sonó, sonó, sonó y sonó. Hasta que por fin me atendieron: “Operadora automática: gracias por comunicarte con el programa: Avance por la igualdad, Marte 2050. En este momento la línea se encuentra ocupada para la comunicación que intenta realizar, le pedimos volver a comunicarse en otro momento por nuestros canales okulus call o con un dispositivo 30G. Si es por consultas, datos y requisitos, recordamos que el límite de edad para participar es de 30 años. Gracias”.

Colgué. Mi ritmo cardíaco se detuvo. Miré a mi vieja, mi abuela, “la Zulu”, sentada frente a mí en mi sillón gamer, con sus pantuflas de gatitos y su amada pulsera verde en la muñeca, rodeada de luces fluorescentes violetas y dicroicas, clavándome fija la mirada y apoyando en mi mesa autoelevadora de luz la taza de café instantáneo. Una lágrima me empezó bajar por la cara...

—¡Andá!

—¿Qué decís vieja?

—¡Que vayas!

—¿Estás loca? (me puse a llorar de lleno) nunca te dejaría.

—No lo hacés.

—Si me voy ¿qué va ser de vos?

—Me voy a morir, con esta edad yo toco el arpa, como cualquier viejo —empecé a llorar peor. —No puedo dejarte.

—No lo hacés, viajás, vos me lo dijiste.

—¡Vieja! El mundo avanza pero esto es una porquería. Yo soy una porquería.

—La porquería son los políticos que le hacen creer a la juventud que los sueños solo se viven en otra galaxia, porque el mundo es de ellos. Siempre le dan la espalda a los viejos. En tanto le venden esperanzas fabricadas a los jóvenes. Pero yo no me muero por “no ir a Marte”, me muero por la jubilación indigna que tengo y por las enfermedades que traigo. Aunque no me ofendo si algún día me mandás alguna papa.

—¿Eeeehhhh? (Secándome las lágrimas) —¿De qué hablás?

—En mi época se decía que los científicos en Marte plantaban papas. Mientras no planten personas... que cumplan con lo que prometieron.

—Yo creo que si la Nasa y toda la comunidad científica está involucrada en esto y han puesto al servicio de la humanidad la ciencia y la

tecnología en pos del progreso, sumado a que el mundo está observando, lo van a hacer, como tiene que ser.

—Ya veo.

—¿Qué cosa?

—Un mundo hecho.

## 1

Esa fué la última vez que hablamos. La idea, sin embargo, no dejaba de angustiarme.

¿Abandonar mi identidad por otra? ¿Dejar mi vida atrás? Mi vida comenzó cuando cumplí 4 años. Ese fue el día que mi padre me dejó con ella. A partir de ahí, se dice, emprendió un viaje a la Isla de Pascua y jamás regresó. Me gusta pensar que su alma transmutó en una nueva especie del universo. Para mi abuela, simplemente se borró: —igual que su padre.

Un día la Zulu me confesó que no pudo criarlo. En 2020 la metieron en cana por meterle un tampón en el ojo a un policía, que le gritó en medio de una manifestación:

—¡Caminen, putas! Le inventaron una causa y la encerraron 10 años. Jamás quiso hablar de eso. Cuando salió de la cárcel mi padre fue a buscarla y me entregó en sus brazos:

—Hacé lo que no hiciste conmigo —le dijo. Nunca lo perdonó.

Ella es lo mejor de este mundo. Maestra, cuida y compañera. Me mostró lo que sé y hasta bautizó mi nombre. A pesar de no haber sido en su vida “una bendición”, cuando alguna vez se me escapó un “Ma”, lo dejó bien claro:

—Omar, yo soy tu abuela.

Mientras sostenía los soquetes de cáñamo que me regaló en mi último cumpleaños, recordé aquel día en que el teléfono dejó de sonar y le pregunté qué pasaba. Del todo consciente me respondió:

—Ya no quieren mis manos. Ella egresó como maestra mayor de obra, pero los cambios tardaron en llegar. Así que trabajó toda su vida en un taller de confección de medias, en el que le pagaban dos pesos por producción. Hacía miles, por nada. Cuando notaron su vendaje para ocultar la deformidad de sus dedos no la llamaron más. Guardé sus medias en mi valija y comencé a cuestionarme, en voz alta, si podría tener plantas en Marte. Por las dudas preparé semillas y las tiré en un sobre en mi mochila. Desde la cocina, la Zulu me escuchó y vino rápido:

—¡Las verdes dejámelas!

—¡Vieja! —le dije abriendo mis ojos— tu desesperación me preocupa.

—Es lo único verde que tuve en mi vida querido y vos te los querés llevar? —replicó tapándose la pulsera.

—Mirá que te puede hacer mal. No es lo mismo que en tu época.

—¿Las querés todas para vos, “chinwenwencha”?

—Me hacés reír, portate bien. ¿Qué te dijo el médico? Tenés que tener precaución.

—¿Vos le viste la cara a ese tipo? Un pinchazo más y se convierte en la luna.

—Igual que el presidente.

—A ese ni me lo nombres.

—¿Qué hizo ahora?

—Dice que va a organizar un evento de despedida a los viajeros del tiempo en el Congreso. ¿Se piensa que es una fiesta de egresados este pelotudo?

—¡Y bueno! Debe querer publicidad. Hay mucha plata en juego abuela.

—Si es por publicidad, la pifiaron el día que eligieron un planeta rojo, con lo que odian a los rusos...! —dice la abuela agarrándose la cabeza.

—Por suerte los rusos no están invitados.

—Y no, lo único que falta... que los hagan viajar para vivir la Guerra de las Galaxias.

—¿Te imaginás? No. Algún día se va a terminar. ¡Tengo fe viejita!

—Yo no lo voy a ver. Y los que se queden en la tierra, tampoco.

## Ignición

Pensar e imaginarme viviendo en Marte me resultaba magnífico. El proceso de terraformación llevó años. Primero se trató de cambiar la atmósfera. Para esto se debía subir la temperatura del planeta. No lo olvido más, era apenas un niño cuando vi el documental de cómo bombardeaban Marte con misiles atómicos. La idea era subir la temperatura para, en un principio, poder lograr llevar los equipos de instalación de casas. Creyeron que con las bombas bastaría, pero las tormentas de tierra se intensificaron, por el cambio de temperatura, los vientos corrieron mucho más fuerte. Esto atrasó el proyecto por siete años. Finalmente el planeta se calmó. Ahora soy yo el que no puede calmarse, menos teniendo a mi vieja apoyada en la puerta con el termo y sus sorbitos de mate...

—Quédate tranquilo, Omar. Todo va a salir bien. ¿Querés que te alcance una fría?

—No abuela, que no puedo tomar alcohol por los controles. ¿Se nota mucho mi ansiedad?

- ¿No te parí yo?  
—Que me pariste, me pariste —le digo abrazándola.  
—Se te hace tarde.  
—¿Vas a venir conmigo?  
—No caigo dos veces en sus planes.  
—Tampoco para que te nieguen pasar.  
—Es mejor así.  
—¿Me das un último mate?  
—Tomá —me dice pasándome el mate —No vaya a ser cosa que extrañes.

Así me fuí llevándome lo mejor de mi vieja. Con un beso en la frente y arrastrando mi valija me despedí. Pegué una última vuelta al barrio y al no encontrar taxistas por ningún lado comencé a enloquecer. Por suerte un vecino me llevó. No se qué me dijo, ni qué pasó. Porque en mi mente solo había lugar para Marte.

Fueron horas interminables hasta llegar para encontrarme con una marea de gente y autos. Por la desesperación, en el último tramo, decidí caminar. Muchos hicieron lo mismo que yo. Exploradas mis plantas de los pies y todo transpirado, finalmente llegué a la plataforma, mostré mi id digital al de seguridad y pasé, la primera y última, de las puertas de entrada. ¿Y ahora qué? me pregunté.

Como una señal del destino, de golpe escuché cómo una máquina repetía mi nombre por el altoparlante. Fui corriendo hasta la ventanilla y me encontré con un hombre de espalda. Le toqué el hombro y de forma insistente, me rechazó, hasta que me harté:

—Disculpe, señor . Me deja pasar, ¡me están llamando!

Sin llevarme el apunte me responde. —A mí también.

—Entiendo que van llamando a todos, pero veo que hay un reloj con minutos de espera para la atención que se están agotando y son los míos —le contesté, desesperado.

—Flaco, ¿me dejás trabajar?!

Ya sacado por su indiferencia, lo apuré. ¡No eenteeeeende que me tengo que anunciar!

Fue ahí que visiblemente molesto, se dio vuelta con deseos de golpearme, hasta que me miró. Nos miramos. Entonces supe. Quedé mudo. Era mi padre.

—Nunca pensé encontrarte acá.

—Yo tampoco. ¿Qué hacés acá?

—Trabajo para este proyecto.

- ¿Conocés Marte?
- Conocí, hace cuatro años.
- ¿Te dice algo ese número?
- Varias cosas... ¿Cómo está tu abuela?
- Sigue donde la dejaste.
- Por lo que veo vos también la dejás.
- ¿A quién? No soy como vos, vine a despedir a un amigo que viaja a Marte.
- Se nota.
- Bueno, chau ¡un placer encontrarte!
- ¡Para! antes de que te vayas te quiero...
- No tengo tiempo, la Zulu a mí me está esperando.

Fue ahí que mi vida se detuvo. Escuchamos una explosión y el cohete reinició los preparativos para el despegue. La gente, casi sin pertenencias, con figura esquelética, entregaba su dni en el mostrador y corría hacia la pista. Gente “joven”, sin nada ni nadie, con la mirada feliz, esperanzada de alegría. Se atropellaban entre sí, mientras con la nada se despedían. Ese segundo irrumpió con mi padre. Hablé dos minutos más con él y me fuí, explotando mis credenciales de Marte 2050, junto con mis lentes y un encendedor de luz de fuego (que me regaló). Así, emprendí mi viaje de regreso. Sin un rastro de ceniza.

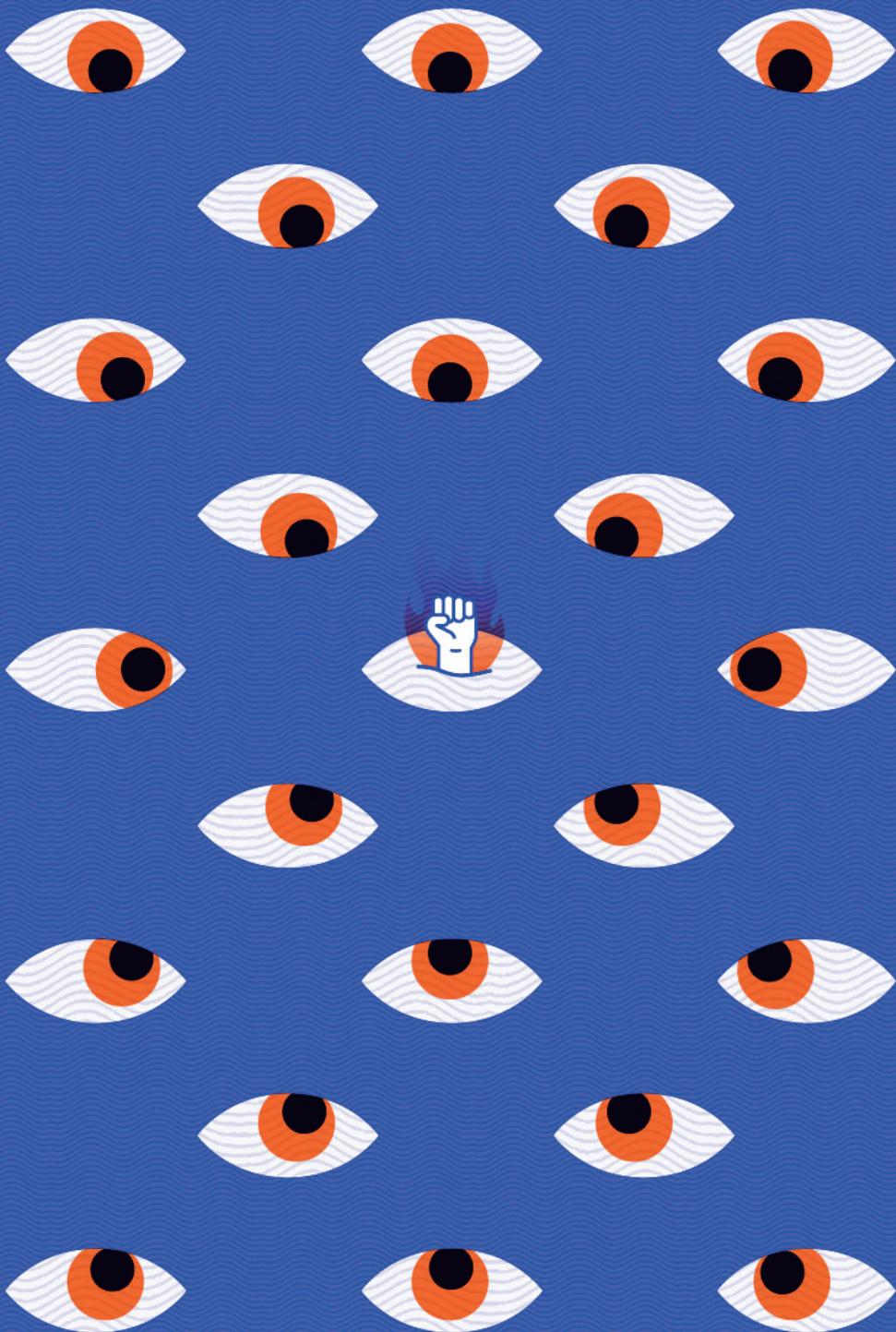
### **Aterrizaje**

Como en aquel primer día, caí a casa desesperado sin saber que podía pasar. Pateé el portón, reventé la puerta y fue allí que me encontré con la Zulu, en el sillón de casa, aferrada a mis medias, desagarrada, llorando. Entonces supe que mi momento había llegado...

- ¡Yo sabía, yo sabía...! —le dije saltando.
- ¡Aaaaaaaaah! —gritó la Zulu asustada.
- ¡Soy yo, abuela!
- ¡Ya sé quién sos Omaaaa! ¿Vos me querés matar a mí? Yo misma vi con mis ojos el despegue... ¡Pará! ¡Me cago en la puta madre Omar, estoy senil! —gritó de nuevo.
- Vieja tranquilizate, mirá, tocame la cara soy yo, tu nieto.
- ¿Pero... qué pasó Omar? ¿Por qué volviste, hijo? ¿Por qué estás acá?
- me preguntó confundida.
- Volví por la verdad.

- ¿Qué verdad?  
—La que me tenía que encontrar...  
—Algún día iba a pasar.  
—Fue hoy. Me crucé con tu hijo, que se llama como yo...  
—No quería que volvieras.  
—¿Cómo que no? si estabas llorando y hasta me robaste las medias.  
—Quería que cumplas tus sueños.  
—¿Vos sabías que trabaja ahí?  
—Algo me llegó.  
—Pude hablar con él, me contó todo... Sabés el dolor que ví. Ahora sé la verdad...  
—Contame, así de una vez me puedo morir tranquila.  
—¿Qué me vas a decir? ¿Qué no sabés? Si vos muy bien sabías...  
—¿A dónde fue ese día?  
—La verdad más importante de todas.  
—¡Dale Omar, que me acalambro las pieeeernas!  
—¡Abuela! ¡La verdad, es que lo único que crece en Marte... “son papas”!





# SUSI-2520®

**Texto:** Fernando Gallará

**Ilustración:** Hernán Alfaro

—¡Nooooo, la hora! —rezonga Carla mientras le roba un último sorbo al mate y cierra el HoloGraphic que se proyecta desde el display de su pulsera. Convertirse en investigadora no hizo que mejore ni un poco su puntualidad. Tampoco su extraño gusto por la moda, ni el aparente pero medido descuido de su imagen. Luego de hacerle un guiño y tirarle un beso a su reflejo en la portátil, se dirige apresurada hacia el anfiteatro.

Al ver pasar su figura llamativa, los del box de al lado se ríen por lo bajo, Carla les saca la lengua y piensa “¡qué hartantes! ¡no crecen más!”. Sigue como si nada y empieza a recordar cómo cambió su vida desde que recibí el premio Franklin por el desarrollo de SUSI-2520®. Aún puede sentir esa inevitable descarga de adrenalina circulando por todo su cuerpo al subir al escenario y oír la ovación de la audiencia. Lo torpe que se sint con el tropiezo de sus palabras, que se agolpaban una tras otra en la punta de su lengua como pidiendo permiso para convertirse en ondas sonoras. Condensar la genética de los principales cereales en una única semilla capaz de regenerar cualquiera de las variedades originales le valió rápida fama y reconocimiento. —¿En qué momento esto se había convertido en una pesadilla?

Ya fuera del edificio, escuchar el eco de la voz de Juan la hace regresar de su abstracción. Un calor le invade el pecho y la cara. Carla comienza a descender por el pasillo entre las gradas. Está hecha un manojo de nervios.

—¡Dra. Costa! Démosle la bienvenida a la Dra. Costa —exclama el director del Lacoretz, aliviado porque Carla, por fin, llegó. No termina de acostumbrarse a la indiferencia con la que ella logra eludir toda clase de protocolos. Juan se acerca para recibirla, mientras ella sube las escaleras del palco. El público aplaude de pie.

—Te voy a matar Carli... ¡45 minutos! —le susurra Juan al oído en un intento de abrazo, fingiendo una sonrisa poco creíble. La llegada de Carla por fin lo relaja.

—Disculpame... el Holo... ya sabés... —Ella le devuelve la sonrisa, poniendo los ojos en blanco y haciendo un ademán de manos en alusión a su despiste natural. “Todo rápido lo querés vos ¿no?” piensa Carla cuando se le vienen a la mente algunos momentos de lo más olvidables. Se encamina hacia el atril saludando, tímida, a la multitud. Su pelo rubio y ondulado rebota en el aire apenas por encima de sus hombros.

—Buenos días, les doy la bienvenida a la 507° Conferencia Global de Ciencia y Tecnología de Semillas, espero que sepan disculpar mi retraso —y tira un recontra ensayado “lo bueno se hace esperar”. ¡Tomá pa’ vos Juan! Si algo aprendió este último año fue a romper el hielo para descontracturar. Se detiene un momento para recuperar el aliento, apenas se le afloja el nudo que tiene en la garganta. Levanta la mano en señal de espera, se sirve un poco de HydraX y prepara la transferencia del HoloGraphic al proyector central. Tomate todo el tiempo que quieras ¡R E I N A!

—Como ustedes ya saben —retoma Carla, algo más relajada —hace poco más de un año presentábamos la primera semilla multiespecie. Desde su concepción, SUSI-2520® fue pensada para dar respuesta a la crisis alimentaria que atravesamos —suspira, hace un intento por llevarse el pelo detrás de la oreja y continúa explicando, rápidamente, cómo mediante la aplicación de diferentes estimulantes químicos durante la siembra, puede obtenerse el cereal de elección.

La audiencia escucha atenta. Entretanto, en el centro del escenario se despliega una gigantografía tridimensional del fragmento de ADN que resultó clave en la fusión de los genomas madre. Nadie se anima a interrumpirla. Cuando finaliza su exposición se inicia una lluvia de preguntas del público. Ese era solo el comienzo. Los días que siguieron no fueron más tranquilos para Carla. A pesar del paso del tiempo, seguían acosándola como el primer día. La conferencia era una oportunidad per-

fecta para conocerla. Los y las más jóvenes se amontonaban afuera de su box en busca de asesoramiento para sus proyectos o para que les garabatee un autógrafo. No veía la hora de que llegue el viernes, día de cierre de la conferencia, para que todo retome su curso habitual. Como si eso fuese posible. No era inusual que este tipo de cosas le sucedieran, pero tres días completos eran demasiado y estaba agotada.

\*

La noche del viernes Juan la invitó a salir. Carla no lo pensó dos veces. Necesitaba despejarse. Se encontraron a las 21:30 en el bar de Hadid y Calatrava.

—Un Cynar Julep bien helado —pidió Carla. Era su bitter favorito. —Y unas papas bravas, por favor.

—Yo voy a querer un Aperol Spritz y para picar, unos garbanzos fritos, gracias —dijo Juan. —¿Viste cómo te miraba? —agregó cuando el mozo se retiró.

—Sí, qué pesado. La última vez que vine me pasó su número.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿Lo llamaste?

—¡Estás mal vos! No, ni loca. ¿Con qué cara querés que vuelva acá? Aparte no me gusta —no pudo evitar que su nariz se frunciera al decir estas últimas palabras.

—No seas así. Tampoco es para tanto. —expresó él en tono algo burlón.

—¿Querés su número?

—No. A mí tampoco me gusta —contestó Juan nervioso. Su cara se transformó. Se puso colorado.

—¿No era que no era para tanto? —se sonrió Carla. Juan estaba serio y con la cara roja como un tomate —¡Naaaa! Jodeme, ¿ustedes dos...? —dijo incrédula Carla.

—Una sola vez. Yo estaba muy borracho y él se ofreció a llevarme a casa. Y bueno, chapamos y...

—Permiso —interrumpió el mozo. Dejó los aperitivos, las papas y los garbanzos, dió media vuelta y se fue.

—Che, ¿por un chape te ponés así?, no me vas a decir que te da vergüenza.

—Un poco —dijo él, dio un suspiro profundo y continuó. —El tema es que estaba muuyyy borracho. Hacía un calor ese día. Al otro día me desperté solo y sin recordar del todo cómo había llegado ahí. Me sentí un poco usado. Qué sé yo.

—¡Qué bajón! Disculpame.  
—No Carli, no te hagas drama. Ahora brindemos. Por fin es viernes.  
Chocaron las copas al son de un “chin chin” y se miraron con la sonrisa tonta de siempre.  
Más tarde fueron al departamento de Carla.

\*

Durante las semanas siguientes todo se mantuvo inesperadamente calmo. Hasta que Carla recibió la llamada.

—¿Dra. Carla Elizabeth Costa? —inquirió una voz masculina.  
—Sí, soy yo. ¿Quién habla?  
—Estanislao Cruz Méndez. Me comunico del Ministerio de Modernización Agrícola. Soy el secretario del Ministro. Mañana a las 10:15 hemos agendado una cita con usted.  
—¿Mañana? No, imposible. Justo programamos unos experimentos.  
—Será mejor que los posponga entonces. Solo nos aseguramos de que la información le llegue personalmente. No falte. La esperamos. Hasta mañana.

—Hasta... —Carla no alcanzó a completar el saludo que ya le habían colgado. No entendía nada. La última vez que la habían convocado fue antes del cambio de gestión, unos meses atrás. Habían sido muy amables con ella y su equipo. Querían escalar la producción de SUSI-2520® para comenzar la distribución al año siguiente. Ya estaba todo acordado. En unos días comenzaría la capacitación del equipo técnico. —Sí, tal vez quieren ultimar detalles, debe ser eso. —Salió de su box y se encaminó hacia la oficina de Juan. Entró sin golpear.

—Hola Carli... imagino que a vos también te llamaron.  
—Sí, recién. Por eso vine para acá. ¿Qué onda?  
—Nueva gestión... supongo que querrán ponerse al día con esto. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No sé. Supuse lo mismo que vos, pero algo me dice que las cosas no van bien.

—No te hagas la cabeza flaca. Sigamos con el laburo y mañana veremos qué pasa. ¿Sí?

—Dale. Cualquier cosa estoy en el box ¿Sí? —Carla entornó la puerta y volvió a sus tareas. Estaba intranquila.

\*

A la mañana siguiente, Juan pasó a buscar a Carla por su departamento. Estacionó el Hydrocar, bajó y se dirigió al portero del edificio. “13 A” recordó Juan y presionó el botón del timbre. Carla podía ver cómo Juan se acomodaba el cuello de la camisa guiado por su reflejo en el cristal de la puerta de ingreso. La cámara de seguridad lo delataba.

—Holaaaa —saludó Carla.

—Hola Carli. Ya estoy.

—Bancame un toque. En 2 bajo.

—Dale, te espero. No puedo irme muy lejos.

—No, pero te podés ir muy rápido —contestó Carla, aguantando la risa.

—Te odio —le respondió Juan mordiéndose el labio inferior y negando con la cabeza. —No cambiás más. Dale, apurate que vamos a llegar tarde. —No terminó de decir esto que Carla ya estaba delante suyo. —Ah nooo, encima me dejás hablando solo. —La agarró de la cintura y le dió un beso.

—¡Vamos, vamos! —Carla lo apartó con las dos manos. —No quiero llegar tarde —agregó a la vez que se aplastaba un poco el pelo.

Fueron recibidos directamente por el secretario del Ministro, quien los esperaba en la recepción del Ministerio.

—Buenos días Dra. Costa. Buenos días Dr. Pérez. Acompañenme por favor —les solicitó el secretario — Tomaremos el ascensor, el Sr. Ministro los aguarda en su despacho. —En unos instantes llegaron al piso más alto del edificio. Carla y Juan ya conocían el lugar. Sin embargo, notaron algunos cambios. Al ingresar al despacho vieron las banderas de las Uniones de Naciones del Sur y del Norte juntas.

—Esto no puede ser bueno —Carla le susurró a Juan al oído.

—Bienvenidos —saludó el Ministro —por fin tengo el placer de conocerlos. He estado esperando con ansias este momento. Como habrán notado, hemos hecho unos pequeños cambios en el Ministerio. Queríamos que quedara, cómo decirlo, más acogedor.

—Buenos días Sr. Ministro, —respondieron a coro los investigadores —el gusto es nuestro.

—Pasen por favor, pónganse cómodos —invitó el Ministro señalando los sillones en frente de su escritorio. —Bueno, les voy a hablar sin rodeos. Estamos muy interesados en el proyecto “sisi”.

—Mm... mm... “susí”, Sr. Ministro. —lo corrigió el secretario.

—Si, si, “susí”. Disculpen. Les decía que nos interesa mucho este proyecto. Como saben todo el mundo posó su mirada sobre esta semilla cuando salió a la luz.

—No es para menos —se le escapó a Juan. —Disculpe. No quise interrumpirlo. Continúe.

—Ya veo, no se preocupe Pérez —prosiguió el Ministro —lo que quiero comentarles, es que hemos cambiado un poco los planes para la pequeña “sisi”. —Antes de que su secretario intentara siquiera corregirlo, el Ministro lo paró en seco, levantando su mano en señal de stop. —Así es como me gusta llamarla, ¿no les parece tierno? ¿no han pensado en cambiarle el nombre? “Sisi la reina de las semillas” —el Ministro sonrió como si acabara de decir una genialidad. Carla y Juan intercambiaron miradas. No entendían nada. Entonces ella tomó la palabra.

—Entiendo, Sr. Ministro. Entonces, ¿nos convocó solo para que cambiemos el nombre del proyecto? —inquirió Carla impaciente.

—No querida, no se apresure. El nombre es lo de menos. Como les decía hay intereses muy grandes detrás de esta semilla. Y esta gestión está dispuesta a atender esos intereses.

—No entiendo. ¿A qué se refiere? —preguntó Juan que empezaba a molestarse.

—Si no me interrumpieran a cada rato podría terminar de hablar. —contestó el Ministro, visiblemente irritado. —La Unión del Norte quiere adquirir la patente de SUSI-2520°. A cambio obtendríamos una cuantiosa suma de dinero y se recuperarían algunos beneficios perdidos durante la gestión anterior. La producción se haría aquí. Pero estaría a cargo de una empresa extranjera que se encargaría de producir el paquete tecnológico completo. Semillas y estimulantes. Y, por supuesto, también se haría cargo de su comercialización.

—Pero eso es imposible —exclamó Carla sin poder contenerse —en unos días comenzaremos el entrenamiento del equipo técnico. Además SUSI-2520° no está a la venta, es de dominio público.

—No por mucho tiempo doctora. Ya comenzaron las gestiones para concretar la transferencia. En cuanto a ustedes, no tienen de qué preocuparse. Hemos previsto una compensación económica por la cesión de sus derechos. Una suma con muchos ceros.

—No pueden hacer esto, va totalmente en contra del espíritu con el que fue creada SUSI-2520°. Una semilla pensada para calmar el hambre del mundo. No puede caer en manos privadas. Menos aún en las del Norte —vociferó Juan indignado —es una cuestión de soberanía plurinacional.

—Hágame el favor de mantener la compostura Dr. Pérez. No haga que llame a seguridad. Siéntese, por favor —solicitó el Ministro en tono paternalista. —Es una decisión tomada. Si están aquí, no es para otra cosa

que para tomar conocimiento de la situación. Es lo mínimo que podíamos hacer por ustedes. En especial por usted Dra. Costa, que ha sido la autora material e intelectual del descubrimiento.

—Imagino que no espera que le agradezcamos —respondió Carla claramente ofuscada. —Esto está muy mal, no espere nuestro aval.

—No hable tan livianamente Dra. Costa. —respondió el Ministro disimulando una sonrisa maliciosa. —El futuro de su carrera y de su instituto están en sus manos. —Se puso de pie y extendió la mano señalando la puerta de su despacho. —Por favor, —indicó a su secretario —acompañelos a la salida.

\*

—Quisiera volver el tiempo atrás, Juan. Ya estoy harta de todo esto. Al fin y al cabo, era cuestión de estar en el lugar y momento precisos.

—No digas eso Carli, laburaste un montón para llegar a esto.

—Cualquiera podría haberlo hecho. Y no, no laburé para esto. Íbamos a acabar con el hambre del mundo, Juan. Ese era nuestro sueño.

—Pero nos despertaron.

—Lo vendieron Juan. Vendieron nuestro sueño. Los derechos. La patente.

—Los intereses de siempre, ya lo sabíamos. Es la presión de los dueños del poder. La llaman la nueva revolución verde.

—El mismo ciclo que se repite una y otra vez.

—El sur del mundo.

—La paradoja de una teta infinita de la que no para de manar leche.

—Sí.

—Unos se empachan, mientras los demás se mueren de hambre.

—¡No! —Carla se despertó sobresaltada. Se sentó en la cama intentando recobrar la calma. Juan dormía a su lado. No se había inmutado. Habían pasado los últimos días pensando de qué manera podrían frenar el plan del gobierno. Estaban exhaustos física y anímicamente. Carla se llevó las manos al rostro y notó la marca de sus ojeras. Tanteó en la oscuridad la pulsera que llevaba en su mano izquierda. Posó tres veces su dedo índice sobre el display y la hora apareció proyectada en el aire. La luz azul indicaba que aún era demasiado temprano para levantarse. Se recostó nuevamente y se volvió a dormir con una idea en la cabeza. Carla tenía un plan. “Quedan 3 días”, pensó.

\*

El día de la transferencia de patentes había llegado. Los medios anunciaban la llegada inminente del embajador Golden Cheater, representante de la Unión del Norte: “Gobierno reanuda relaciones bilaterales con el Norte”, “Inversión verde: la unión nos hará libres”, “Visita de lujo: cómo será el encuentro con el embajador Cheater”. Estos y otros titulares ocupaban los anuncios de todos los medios. Se habían encargado de instalar la necesidad urgente de restablecer el vínculo con la Unión vecina. De hecho, según las palabras de algunos comunicadores, este nuevo acercamiento redundaría en una sarta de beneficios interminables. Lo que no quedaba claro era quiénes serían los destinatarios de esos beneficios.

—¿Quiénes van a ser si no ellos mismos? —dijo Carla furiosa. —¡Chan-tapufis! ¡Nefastos! ¡Sátrapas! —Prácticamente no había dormido en las últimas 24 horas. Su expresión había cambiado por completo. Estaba sumergida en un estado de alerta permanente. Ya no quedaban rastros de su mirada apacible. Juan diría que parecía otra. Se confundía. Era otra.

\*

La pulsera del Ministro no paraba de vibrar. A la tercera vez, juntó coraje y atendió.

—¡Qué carajo está pasando Julián! Decime ¡qué mierda está pasando!

—Sr. Presidente...

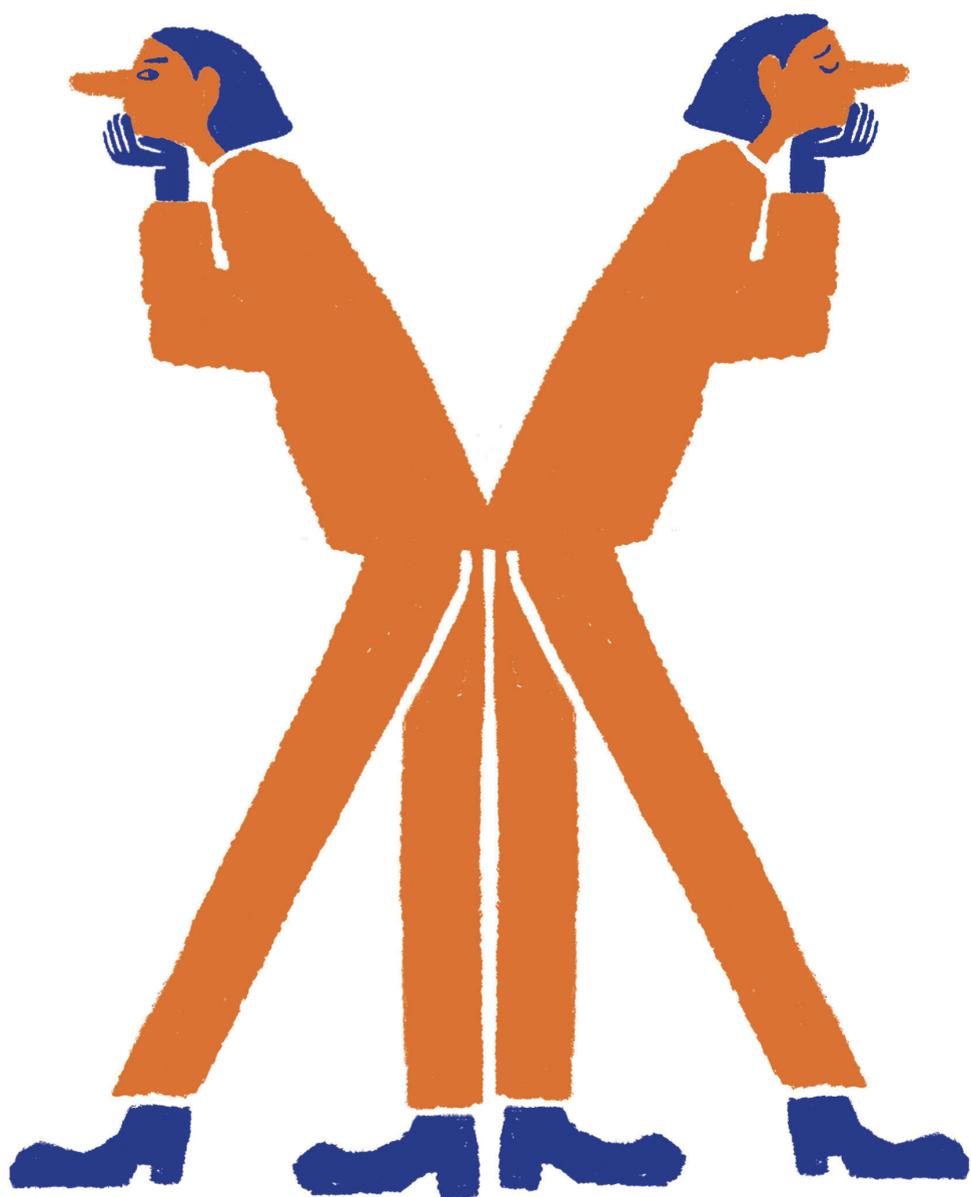
\*

Habían tomado las calles. Vistas desde arriba parecían las arterias de un río en ebullición. La aglomeración era tal que parecía no tener fin. Los cuerpos se continuaban unos a otros sin márgenes precisos. Guiando a la multitud estaba ella. Junto a ella estaba Juan. Como recién despierta de una persecución onírica, en donde ni la voz ni el cuerpo responden, ella alzaba la voz y las manos y marchaba.

No hubo transferencia ese día. Tampoco la habría después.

Después de todo, la pelea sigue dándose en las calles.





# La Clonada

**Texto:** Vanesa Gaido

**Ilustración:** Angelina Montero

—¿Un clon? ¿Para qué carajos quiero un clon? —le gritó Farida molesta a sus padres. María y Gerónimo sintieron cómo la mirada de su hija los fulminaba. Todavía sostenía en las manos una gift card que decía: “Felicidades flamante beneficiaria de un clon. En breves instantes podrás disponer de sus servicios. Atentamente: Alterclones Corporation”.

—Para que te ayude acá en tu casa, hija... además no sabés si en algún momento...

—¡Si en algún momento ¿qué? —interrumpió Farida a su madre.

—Si necesitás algo más que una ayuda doméstica.

—¡Ah bueeeno! ¡No sigas!

Aunque intentaba aclarar su mente, los pensamientos y las preguntas se agolpaban en su cabeza como abejas en un panal: “¿Qué mierda voy a hacer con un ser humano de laboratorio? ¿Cómo podría convivir con eso? ¿Qué aspecto tendrá? ¿Será igual a mí?, ¿pensará como yo? ¡Eso es jodidamente perturbador! ¿Qué pensarán mis amigas, los vecinos, mis compañeros del laburo si se enteran? Nunca conocí un clon... ¿o sí? ¿Acaso...”

—¡Farida! —el llamado de su padre la devolvió al presente.

—¡Váyanse de mi casa!

—Lo hicimos por vos, hija, pensando en tu bienestar, en tu futuro.

—¿Por mí? ¡La verdad me cuesta creerlo! ¡Bastante retorcido me resulta todo!

Farida se mareó y se acostó en el sillón gris de su departamento. La ausencia cromática, que siempre le había parecido ideal para las paredes, ahora le generaba náuseas. Pensó que lo más divertido de su hogar era la forma de trapecio que tenía; una sección de un octavo piso circular, algo así como una porción de pizza. Observó las puertas de las dos habitaciones y se enojó por no haber usado nunca una de ellas... un clon no podía tener ese lujo, no podía permitirlo. “De cualquier manera, no voy a aceptarlo”, pensó. Se incorporó apoyándose sobre el respaldo, se sentía completamente abombada. Farida miró a sus padres y antes que éstos pudieran emitir palabra atravesó el pasillo que iba hasta la entrada del departamento con la intención de echarlos. Abrió la puerta y ahí, justo enfrente, como la imagen que devuelve un espejo, estaba ella misma. La miró, se miró, se miraron fijamente a los ojos. Sintió que un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y le penetró hasta la médula.

\*

Farida se volvió hacia sus padres, desenchajada, dejando a su clon esperando en la entrada.

—Sentate y hablemos, Fari —le dijo su madre.

—¡No me digas qué hacer! Estoy tratando de entender todo esto.

—Pensá en Puqui... ¡Lo felices que fuimos al tenerlo nuevamente con nosotros!

—¡Ni me hagas acordar! ¡Doce años tenía yo cuando se murió y tuve que poner cubos y cubos de hielo sobre su cadáver para preservarlo porque ustedes lo querían clonar!

—Y así pudo acompañarnos muchos años más nuestro perrito...

—¡Ah! Todo re normal para vos.

—¡Y sí! Hace años que los clones ya son parte de nuestra sociedad. Por eso lo pensamos para vos apenas naciste.

—¡Me importa un carajo! Sabían perfectamente que me parece poco ético. Y es de egoístas seguir sumando humanos en un mundo recontra hecho mierda y superpoblado —dijo Farida con los ojos llenos de lágrimas.

Los mismos motivos por los que Farida no estaba de acuerdo con la clonación la habían decidido a no reproducirse, lo que valió varias discusiones con sus ex parejas y también con sus amigas y su familia.

¿Por qué sus padres le hacían ese regalo? En sólo unos instantes, su mundo y sus ideas habían terminado patas para arriba...

\*

—Buenas tardes. Soy el clon FC2125. A tu servicio —se presentó ella al otro lado de la entrada, interrumpiendo por un momento la tensión entre Farida y sus padres. —En [www.alterclonescorporation.com](http://www.alterclonescorporation.com) encontrarás toda la información que necesites para mi correcta utilización y mantenimiento.

No sólo a primera vista era idéntico el aspecto físico de FaridaClon sino también su voz. Farida, aún abrumada, corrió hasta la pared lintera al sillón y le pidió a la asistente virtual que ingrese a la página de la empresa. En la foto de portada del sitio se podía apreciar un par de humanos sonrientes e idénticos entre sí, cada uno con un perrito en brazos, por supuesto idénticos también. Esa imagen de felicidad forzada sólo intensificó su malestar. Recorrió con la mirada la página proyectada en la pared y le ordenó a la asistente virtual ingresar a la sección “SERVICIO DE CLONES HUMANOS: REGLAMENTO, BASES Y CONDICIONES”. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse ante tanta información... empezó a leer apresuradamente:

*“BENEFICIARIOS/AS. Art. 1. Una vez recibido el servicio en su domicilio, el/la beneficiario/a -de ahora en adelante propietario/a- será el/la único/a responsable del mismo [...] Art. 4. El clon estará a disposición de el/la propietario/a acatando sus órdenes y/o indicaciones [...] Art. 8. Alterclones Corporation no se hace responsable del mal uso del servicio o de los daños ocasionados sobre el mismo [...] Art. 13. El/la beneficiario/a podrá presentar la SOLICITUD DE ELIMINACIÓN (ver Anexo I) para que Alterclones Corporation ejecute el procedimiento de deceso inducido y subsiguiente destrucción del clon (ver Anexo II para conocer los importes del procedimiento).”*

Farida sintió que esto era mucho más de lo que podía asimilar en ese momento. Necesitaba pensar. Echó finalmente a sus padres del departamento y le ordenó a su clon que se dirija a la habitación sin uso, cerrando la puerta por detrás.

\*

La primera noche fue la más difícil para Farida. No pudo pegar un ojo y estuvo rumiando acerca de qué hacer con su clon que, por el momento, mantenía encerrado en la habitación contigua. Había leído y releído el reglamento y sólo tenía una cosa clara: no iba a mandar a eliminarla... pero tampoco quería que nadie de su entorno se relacione con ella.

Cuando se levantó y fue al baño, se miró al espejo detenidamente. Tenía los ojos rojos y se percibió extremadamente ojerosa. Más allá de eso, quería captar cada detalle para encontrar por lo menos una diferencia con “la clonada” (había decidido llamarla así, de ninguna manera le pondría un nombre). Se dió una ducha mientras pensaba que en algún momento tendría que dejarla salir de la habitación “¡Si la dejás encerrada, más tarde o más temprano, se te muere ahí Farida! ¿Qué haces con el fiambre después?” se dijo a sí misma y se rió, no pudiendo distinguir si por nervios, por cansancio o porque estaba enloqueciendo.

Decidió que iría a trabajar sin desayunar para evitar lo más posible el contacto con “la clonada”. Golpeó la puerta de la habitación y del otro lado su voz le respondió:

—Buenos días. FC2125 a tu servicio.

—Ehhh... Hola... Podés salir de la habitación, usar el baño y comer cuando me vaya... ¿sabés encender la cafetera? —a Farida le resultó surrealista preguntar esto.

—¡Claro! Sé hacer todo lo que vos sabés —contestó “la clonada”.

—Mientras yo no esté no uses nada más ni respondas ningún llamado. Tampoco salgas del departamento. Es una orden —le dijo Farida sin estar segura de si lo estaba haciendo bien pero sabiendo que tampoco le iba a permitir tener esa posibilidad.

—Entendido. A tus órdenes.

—En seis horas regresá a la habitación y no vuelvas a salir de ella.

—Entendido. ¿Deseás algo más? Puedo hacer otras cosas como limpiar, ordenar...

—¡NO NECESITO NADA MÁS! —la cortó en seco.

Farida desconectó a la asistente virtual y salió del departamento.

\*

Pasaron algunas semanas y la metodología implementada para no cruzarse con “la clonada” funcionaba muy bien. Farida la mantenía encerrada mientras ella estaba en su casa y la dejaba salir cuando no. También

los fines de semana, que había sumado una rutina de actividades para ausentarse de su hogar. De a poco le empezó a pedir algunas tareas domésticas para que haga en su ausencia; que limpie el baño, que lave la ropa, que limpie y ordene la cocina... “La clonada” aceptaba sin chistar. No pasó mucho más tiempo para que Farida empiece a sentirse cómoda con esta situación. Sin embargo, había cortado todas las visitas, no quería poner en riesgo su secreto clónico. Excepto sus padres, nadie más sabía de su existencia. Con respecto a ellos, fue retomando el contacto, volvieron a visitarla algunas veces, siempre con “la clonada” guardada, y del tema ni se hablaba.

El click definitivo ocurrió un sábado que Farida decidió no salir porque estaba muy cansada. Sabía que no iba a poder evitar cruzarse con “la clonada” y se preguntó si, tal vez, ella misma no estaba buscando ese encuentro.

Luego de su rutina de baño y desayuno, abrió la puerta de la habitación y se fue corriendo al sillón. Desde allí le dijo a “la clonada” que ya podía salir.

—Buenos días. FC2125 a tus órdenes.

—Buenos días. Sentáte a la mesa. No necesito nada por ahora.

—Entendido —contestó “la clonada” y se sentó en la mesa.

Farida evitó mirarla a la cara aunque no pudo contener la risa al verse literalmente sentada arriba de la mesa.

—¡No seas tan literal, por favor! ¡Que te sientes en una silla!

—Entendido.

Farida se quedó en el sillón intentando leer; cada dos oraciones releaba a “la clonada” para ver qué estaba haciendo. Nada. Pero pudo observarla bien y ¡mierda! no le encontraba diferencia alguna. Tal vez un poco menos ojerosa pero por el resto... los mismos ojos grandes y marrones; el pelo castaño con reflejos rojizos, enrulado; boca, nariz y orejas pequeñas... “¡Eso! ¡Las orejas! Ella no tiene perforaciones... ¡ajá! sabía que te iba a enganchar en alguna, “clonada”, dijo por dentro Farida mientras esbozaba una sonrisa.

—Contame de vos.

—Soy FC2125. A tus órdenes.

—Eso ya lo sé. Contame algo más. No sé... ¿qué cosas te gustan?

—Lo que vos quieras que me guste.

—Claro, cumplís órdenes...

—Efectivamente.

—A ver... te ordeno que putees como yo.

—¡Claro! ¡La recalcada #\$\$%& rancia de tu padre!

—Jajaja aprendiste bien, ¿eh? —le contestó Farida bastante tentada.  
—A tus órdenes.

\*

Ya habían pasado ocho meses y diecisiete días desde la llegada de “la clonada”. Desde aquella charla graciosa, Farida había aumentado la confianza en su clon y progresivamente le había empezado a permitir estar más tiempo fuera de la habitación; aunque sólo fuera para estar sentada en el sillón. Lo de las no visitas, sin embargo, no había cambiado; tampoco le permitía salir del departamento, prefería mantener en el anonimato a su otra yo.

Ese día, de regreso a casa, Farida se topó con una publicidad de “Gemini Galactic”, que era una compañía de turismo espacial. No pretendía viajar, pero por un momento pensó que Gemini podría ser un buen nombre para “la clonada”. “¡Ah bueno! Ya te estás yendo al carajo, Farida”, se dijo.

Al entrar a su departamento sintió un olor riquísimo a pan tostado. No recordaba haberle ordenado a “la clonada” que la espere con la merienda preparada, pero últimamente no recordaba muchas cosas.

Como todos los días, fue hasta la puerta del balcón y la abrió para dejar que entre un poco de luz y aire. Salió a ver a sus plantas; entre las pocas cosas que aún hacía ella misma estaba mantener y cuidar ese pequeño espacio verde. Era su lugar favorito y allí “la clonada” no tenía permitido el acceso.

—¡Hola!

Farida se dió vuelta bruscamente y la vió. Tenía el pelo recogido, una gran sonrisa en la cara y sus aros preferidos...

\*

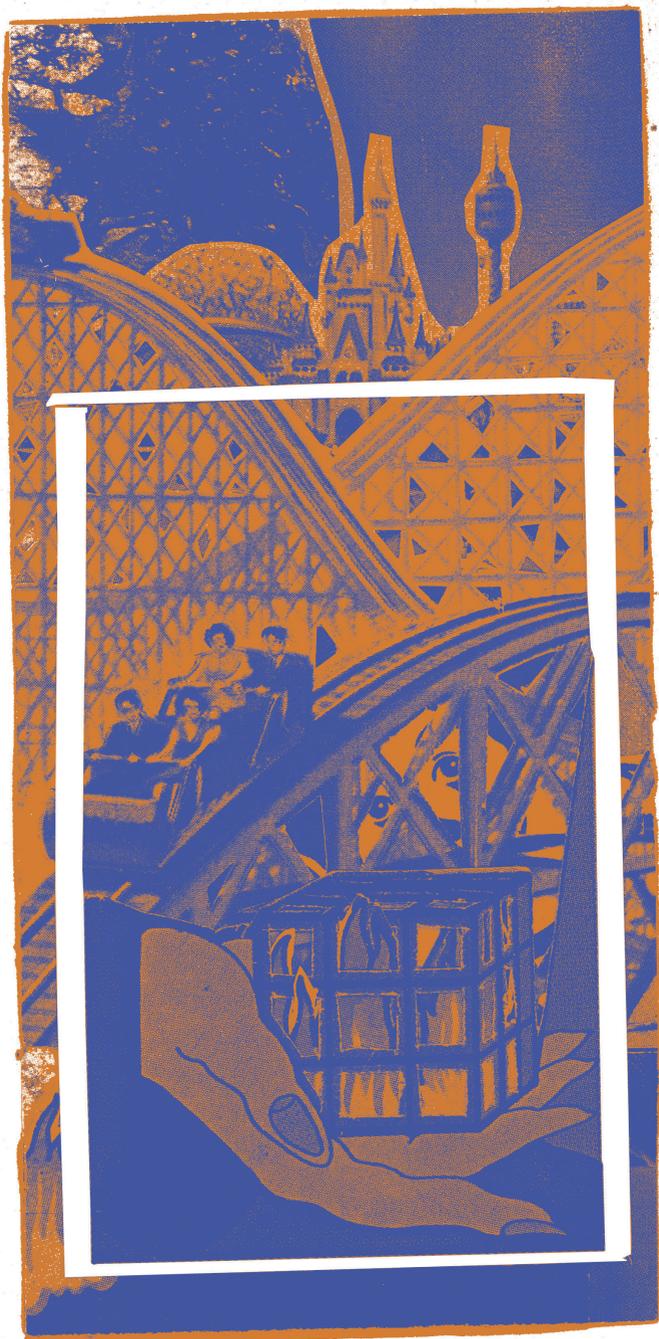
Mientras untaba una tostada con el dulce que su “progenitora” solía reservar para la merienda, “la clonada” fantaseaba con una vida más allá de ese aburrido departamento. Hacía casi nueve meses que soñaba con lo mismo.

En silencio había planeado y esperado aquel momento que al final no había sido tan trágico ni tan difícil de ejecutar. Por fin Farida ya no respiraba. La clonada se había asegurado con sus propias manos de que así fuera. Mientras disfrutaba del dulce sabor de la victoria, se preguntó qué carajos haría ahora con semejante fiambre...

La canción de mierda que tenía Farida como ringtone la sacó de su ensoñación. La pantalla del dispositivo anunciaba que la que llamaba era: “Mamá”. Atendió el llamado dejando que María tome la iniciativa y dijera lo propio.

—Hola Fari —dijo la vieja insoportable.

—Hola, mami —contestó la clonada.



# Guetotest

**Texto:** Ayelén Milillo

**Ilustración:** Mariana Urriza

## 1

—No puede ser. No, no es Adolfa —dijo Valentina Morales, atónita, después de derramar el café en el escritorio de su oficina del piso 10, en la New Horizon Corpo. Miraba el resultado del Guetotest de su sobrina y no podía creerlo. Se repitió una y mil veces que debía existir un error.

—¡Adolfa, no! ¡No puede ser, Adolfa no! ¡Mi ciela, mi sobrina querida!

Nunca hubo errores en el resultado del Guetotest. Este tampoco sería el caso. Valentina lo sabía mejor que nadie. Ella era la mismísima creadora de ese maldito chip que con una sola gota de saliva te indicaba si eras un ser humano imperfecto. Lo había diseñado junto a matemáticos, estadistas y médicos, para que el resultado fuera rápido y confiable, como el que te muestran en las propagandas de los tests de embarazo.

Los porcentajes eran claros. La sobrina de Valentina Morales tenía altas probabilidades de enfermarse gravemente a lo largo de su vida futura. Así lo indicaba su Guetotest. No importaba que fuera joven. Ya lo sabía. Era el fin.

Valentina era la fundadora y CEO de New Horizon Corpo, la empresa más cotizada en el mercado mundial. Ese año había superado con

creces las ganancias de Bill Gates, Mark Zuckerberg y Elon Musk juntos. Se había vuelto millonaria.

Por primera vez en muchos años, Valentina lloró. No quería que la vieran sus secretarios, ni que alguna persona entrara de prepo a la oficina porque realmente en ese momento no sabía qué hacer. Se encerró un rato en el baño y se lavó la cara. Mirándose al espejo, intentando ejercitar la respiración cuadrada que había aprendido en las clases de yoga, pensó:

—¿Para qué carajo me sirven todos mis millones de dólares en este momento? ¿Cómo voy a hacer para salvar a Adolfa? Ni siquiera podía pensar en las mil reuniones virtuales que tenía ese día para organizar las exportaciones del Guetotest a otros países desesperados por implementarlo.

## 2

Hacia dos años que en Lundum, el estado ideal para vivir -según las consultoras internacionales- y en donde vivía Valentina, se había resuelto el debate moral y ético sobre seguir invirtiendo o no en salud para prevenir y curar las enfermedades. La respuesta era No. La sociedad debía estar formada directamente por seres humanos no enfermos. Así, el Guetotest había llegado para quedarse. Una prueba simple para separar lo perfecto de lo imperfecto.

Desde hacía exactamente dos años, para los embriones, el Guetotest era un paso obligado en los controles prenatales. En el futuro próximo ya no existirían bebés enfermos.

El problema había sido tomar la decisión de qué hacer con las personas cuyo estado de salud sería deplorable en algún futuro incierto. ¿Debían exterminarlos, extraditarlos o simplemente ignorarlos? Otro debate que, esta vez, terminó con un referéndum popular:

*-¿Qué haría Ud. con los cuerpos imperfectos?*

*A- Pena de muerte*

*B- Exilio a la Tierra del Fuego (ex Tierra del fin del mundo)*

*C- Castración química para evitar reproducción, pero dejarlos vivir en sociedad siendo ignorados.*

Por afano, ganó la opción B.

Al principio, el sometimiento al test fue voluntario para los mayores de 18 años. Luego, un poco por presión social, otro poco por la política internacional —que empezó a ver con buenos ojos la idea de una sociedad perfecta— el test fue haciéndose “obligatorio”. Es decir, quedaba a

criterio de uno si hacérselo o no, pero lo empezaron a solicitar para realizar diversas actividades. A tal punto que exigían una especie de Green card de “ser humano perfecto” hasta para entrar al supermercado. No sólo eso, desde hacía unos meses en Lundum, todos los días se exhibían los resultados de los Guetotests en la pantalla gigante de la plaza central de la ciudad capital. Así, todos los habitantes sabrían qué humanos imperfectos ya no formarían parte de su sociedad de élite.

Adolfa había llegado a los 18 años y el resultado de su test la condenaba al exilio:

*50% LEUCEMIA*

*60% DIABETES TIPO II*

*55% OBESIDAD y SÍNDROME METABÓLICO*

Ningún habitante de Lundum sabía bien qué ocurría en la Tierra del fin del mundo. Ni siquiera Valentina lo sabía. Tampoco nunca se había interesado en hacerlo.

Las malas lenguas comentaban que se vivía en una sociedad del tipo cazadora-recolectora, aunque los recursos escaseaban dada las condiciones climáticas adversas de ese lugar. Sí era sabido que, si te enfermabas allí, nadie te ayudaba, quizás algún médico o médica que por su Guetotest hubiese terminado en la Tierra del Fuego. Pero no había recursos médicos, antibióticos, ni siquiera Iodo para desinfectar heridas. Quedabas a la “buena de Dios” o, mejor dicho, de tu propio sistema inmune.

### 3

Valentina volvió a su escritorio. Miró fijamente la tabla con los resultados de Adolfa en su pantalla mientras jugaba con su pelo haciéndose rulos y movía la pierna derecha. Siempre hacía eso cuando estaba al borde del colapso. Por suerte -o no- ella era la que ponía el gancho en cada Guetotest antes de que saliera a la luz.

—Bueno, a ver. No puedo falsear los porcentajes. El fucking software diseñado por los fucking data analysts conoce cada truco para truchar resultados —pensaba Valentina. —No, tampoco puedo ocultar el resultado del Guetotest de Adolfa. Los datos de quiénes se sometían al estudio eran públicos.

Pero más allá de la preocupación por el destino de Adolfa, Valentina estaba abatida por su propio ser, por su orgullo, por ser quién era y por lo que le podía pasar si ocultaba o intentaba truchar el resultado. No sólo

había creado el test, sino que siempre fue una acérrima luchadora por la sociedad perfecta; por creer que era necesario y útil erradicar cualquier enfermedad física en el ser humano. Jamás pensó que alguien de su propia familia, con la buena salud y genética de la que gozaban, iba a pasar por la guillotina del Guetotest.

Estaba entre la espada y la pared. Tenía menos de 24 horas para hacer algo (o nada) por su sobrina.

Suena el celular de Valentina. Era Adolfa.

—Hola tía. ¿Cómo va? Che, ¿tenés ya el resultado del test? ¿Te acordás que nos lo piden para entrar a Disney? Así me lo voy sacando de encima. Mandame el tuyo también así cargo todo en la app —exclamaba acelerada Adolfa. A veces, era tan parecida a ella.

—¡Hola, Ado! Todavía no me llegó. Ni bien lo tenga te lo mando —Valentina intentó parecer calmada.

—Bueno genial. Otra cosa, ¿te parece que mañana nos lleve papá al aeropuerto o nos tomamos un Uber?

—No molestes a tu viejo. Un Uber está bien. Te dejo Ado, tengo mucho trabajo que necesito terminar antes de mañana.

Valentina colgó y salió de la oficina. Llegó a su hogar, en el piso 13 del edificio más alto de la ciudad, se sirvió un Chardonnay y se sentó en el sillón paralizada. Le agarró un ataque de pánico. Y ahí quedó inútil frente a un dilema que nunca pensó que le tocaría enfrentar.

#### 4

Valentina se acostó intentando dormir para que pasara más rápido el tiempo. Obviamente no pegó un ojo en toda la noche. Sentía que el cuerpo le pesaba. Ojalá otra persona pudiese tomar la decisión por ella. Pero no, nadie podía ayudarla. Cualquier decisión que tomara significaba la prisión (en el mejor de los casos) para ella o el exilio para Valentina. No existían los grises.

Se acercaba el momento de los anuncios en la plaza central.

Suena el teléfono de Valentina.

—Tía estoy saliendo en el Uber para tu casa —era Adolfa, mostrando una felicidad y excitación supremas por el viaje que emprenderían juntas. —Todavía no me mandaste el resultado pero mientras lo muestres cuando hacemos el check-in está OK.

—¿Sabés qué Ado? Andá directo para el aeropuerto, yo llego un toque más tarde porque tengo que terminar de cargar unas planillas.

—Ay, tía. No vas a llegar tarde, eh. Un papelón total. Mirá que

todo el mundo sabe quién sos y no quiero aparecer en un reel de Instagram puteándote.

—No te preocupes. Voy a llegar on time.

Tic Tac. Las agujas pasaban. Valentina sudaba, todavía no salía de su casa, ni respondía ningún mensaje de su celular.

Suena otra vez el teléfono. Esta vez atiende. Adolfa agitada hablaba del otro lado.

—Tía, ¿qué está pasando? Ayúdame por favor. Me quieren llevar, ¡los uniformados me vinieron a buscar al aeropuerto! Me acusan de querer huir. Tía, tía por favor. ¡¿Qué pasa?! —Adolfa a los gritos y con llanto suplicaba por ayuda.

—Perdón Ado, no te pude explicar... —Valentina balbuceaba palabras mientras intentaba escuchar todo lo que estaba ocurriendo en el aeropuerto.

Había cargado los resultados de los Guetotests hacía unos instantes. Automáticamente se geolocalizaba a todos los cuerpos imperfectos al mismo tiempo que se anunciaban los resultados en la plaza central. De esa manera, comenzaba la persecución a cargo de los uniformados para el traslado de esas personas a la Tierra del Fuego.

El teléfono de Valentina no paraba de sonar. Periodistas, el papá de Adolfa, compañeros de la empresa. Todos querían saber qué estaba pasando con su sobrina, si iba a hacer algo por ella. En la televisión, los programas de chimentos ya estaban construyendo hipótesis de lo que pudo haber pasado, de si la decisión de Valentina Morales era la correcta, de si ella ahora iba a acudir a la justicia o iba a continuar con su vida.

No atendía a nadie. Sólo puso a su banda preferida retro, The Beatles, al palo:

*“All the lonely people (ah, look at all the lonely people)*

*Where do they all come from?*

*All the lonely people (ah, look at all the lonely people)*

*Where do they all belong?”*

Recordaba lo que alguna vez le había dicho su psicoanalista: “Tomá una decisión con la que puedas vivir”.

—Sí claro —pensaba ella.

No sabía si efectivamente iba a poder vivir con la que había tomado.



# Ansiedad terrenal

**Texto:** Ramona Salinas

**Ilustración:** Lucía Boiani

## 1

Sofía se despierta temblando, su cuerpo delgado se sacude bruscamente. Se agitan la cama y la cortina horizontal de luz que entra por la ventana. El tintinear de los caireles la hacen ponerse de pie, lo intenta con dificultad; la alfombra vibra debajo suyo y se tambalea. Sofía no puede confiar en el soporte vinílico de la superficie del dormitorio. Del otro lado de la pared, una serie de sonidos extraños la distraen. Parece reconocerlos, pero la prisa y la incertidumbre la desconcentran, la retrotraen a las fallidas prácticas de vuelo en las que el temor penetra las fibras de su razón.

Se pregunta qué hora será. Siente cómo los latidos acelerados de su corazón golpean en la raíz de su cabellera. Trata de recoger toda la información sensible en la penumbra de la habitación del hotel.

Mueve una pierna para dar un paso, duda, vuelve a la posición inicial. Por unos segundos, sólo hay silencio y quietud. Luego, llega desde la galería el llanto de niños pidiendo auxilio. Ella también quisiera conectarse con los que parecen correr de un lado a otro del pasillo, pero no puede. Inmóvil y angustiada, comienza a rezar.

De a poco, va pasando el malestar estomacal que no se había dado cuenta que estaba sintiendo. Algunos pensamientos coherentes van dan-

do paso a la nada y recuerda los comentarios de Lucas sobre los temblores en la cordillera.

Lucas es un colega y amigo desde hace muchos años. Él busca detectar partículas de materia oscura en el sur argentino. Es físico, como ella, y trabajan juntos recolectando datos, imágenes y otras cosas, como parte de un programa de investigación.

Con el correr del tiempo, se fueron sumando al grupo otros participantes como Eva y Ciro; todos ávidos de información, hambrientos de experiencias nuevas y celosos de su trabajo. Sofía los aprecia, no siempre lo demuestra, pero ellos lo saben, son casi como su familia ahora que sus padres ya no están. Sus colegas, su gato y el portero del inmueble donde habita son su contacto más estrecho con la realidad. A veces siente que vive y piensa en una dimensión poblada de seres e imágenes familiares. Para no perderse en realidades de ensueño, va comprando objetos que la aferran al aquí y ahora.

## 2

Amanece. El desorden y terror de la madrugada se desvanecen. Sofía, tendida en la poltrona, cruza los brazos y se encoge, como queriendo retener un poco del calor de la estufa de gas que ha instalado en la habitación. Mira el reloj, pega un salto y un ataque de responsabilidad se apodera de ella. Se viste rápidamente y sale al pasillo. Llama al ascensor y desciende agradeciendo la soledad del habitáculo, que dura poco.

Un tumulto de personas apiñadas en la consejería comenta los temblores de la madrugada; algunos aún visten ropa de cama, otros un poco apretujados con sus valijas, buscan la salida. La mujer murmura dudosa, sin saber qué camino tomar.

—No fue un sueño.

Una mano alzada, la decide a moverse. Allá, a unos diez pasos, cerca del colorido vitral de la entrada, está el chofer que la empresa contrató para sus desplazamientos por Bariloche. Con hambre, pero animada por las tareas que la esperan, decide postergar el café y adentrarse en el ambiente fresco y ventoso de la ciudad.

Lucas y Ciro ya están en el auto, entusiasmados comentan la experiencia movida de la noche anterior. Están acostumbrados a los movimientos sísmicos. Los dos son patagónicos y, además, hicieron una pasantía en Santiago de Chile.

—¡Hola amiga! ¡Buen día! ¿Qué tal el baile bajo las estrellas? —la saluda Lucas.

Ciro lanza una carcajada, sin advertir que su colega no está de buen humor y responde con una sonrisa forzada que oculta apenas sus dientes blancos y bien cuidados. Sofi se arregla nerviosa el mechón oscuro que cae sobre tu rostro y trata de disimular su intranquilidad.

El chofer mira con curiosidad a la muchacha a través del espejo retrovisor y sonríe queriendo transmitirle confianza.

Sofía siente cómo corren unas diminutas gotas de sudor sobre su rostro sin maquillaje. Se seca disimuladamente con el primer Kleenex que encuentra en el bolsillo.

Mientras los muchachos conversan animadamente sobre el clima, Sofía mira ansiosa el reloj deseando llegar a la base para perderse en la novedad y alejar los sentimientos de zozobra en los que la sumergió la noche anterior.

### 3

Mientras el auto va recorriendo el camino recto que conduce a INVAP, el sol de mayo toma fuerza y destaca la majestuosidad del lago que recorre varios kilómetros. Un silencio irrumpe en el móvil y se hace protagonista, mientras todos contemplan este regalo de la naturaleza.

Al llegar, se encuentran con Eva y con el director del centro de investigaciones; se presentan, se saludan cordialmente y comienzan a recorrer la distancia que los separa del hangar donde se construyen los satélites.

Mientras, caminan, Sofía va recorriendo mentalmente todo lo que le costó llegar hasta ahí. Años de estudio, de entrevistas, de presentar currículum, de defender proyectos, de competir con hombres a veces mediocres o con colegas acomodadas que siempre rankean mejor. Largos meses buscando trabajo, que desembocaron en una beca de investigación; mientras daba clases particulares de lo que sea y cubría profesores ausentes en su antiguo colegio donde la apreciaban mucho.

Al tomar la recta del camino, Sofía recuerda aquel martes de abril cuando preparaba sus papeles para una entrevista de trabajo y le llegó aquel mareo; embarazo no era, lo sabía. Sus salidas con antiguos compañeros de facultad o con un vecino que la rondaba eran castas, sin sexo. Su pulso se aceleró, la vista se le nubló y no podía respirar. Como pudo, llegó al baño, se lavó la cara, respiró profundo y llamó a la emergencia. Apenas logró abrir la puerta del departamento ordenado y blanco, con la mente también en blanco, y aceptó la atención de los paramédicos.

Más avisos en el diario de los domingos, más mails y entrevistas, más todo. Al fin llegó aquella pasantía que prometía salir de casa todos los

días, comer afuera, ver gente, conversar con alguien. Pero la pasantía en Ezeiza finalizó y desembarcaron otra vez los temores, las náuseas, los dolores de cabeza y los ataques de pánico.

#### 4

—¡Bienvenidos! —era el saludo cordial y sonoro de Marco Blasich, el vicedirector del proyecto Artemis III. Llevaba un identificador oscuro sobre un guardapolvo celeste immaculado. Después de explicar la importancia del transbordador tripulado a Marte, el ingeniero desapareció casi mágicamente, disculpándose y dejando a cargo a dos muchachos que no tenían más de treinta años.

—Subamos —invitó entusiasmado uno de los asistentes que se presentó como Matías San Martín.

A medida que el grupo subía las escaleras con Sofía un poco atrasada, tratando de disimular la agitación escondida en un mameluco claro, Matías explicaba con detalles las dimensiones de la nave y las funcionalidades de cada espacio.

Al ingresar, todos giraron hacia la pantalla frontal, imponente por el tamaño y la cantidad de información que lanzaba; sorprendidos por la evolución del modelo sobre el que habían practicado el verano pasado.

—¿Estás bien? Te noto un poco pálida. — comentó Eva, siempre observadora y atenta.

—Solo un poco emocionada —respondió Sofía, tratando de ocultar los síntomas con los que ya estaba familiarizada. Se acercó a la pantalla como excusa para alejarse de sus compañeros, deseando no desmayar.

—Sincronicemos los relojes e iniciemos las pruebas —se escuchó decir al otro asistente.

Los tripulantes llevan un smarswhatch de biocerámica bien llamativo, con subesferas internas relativistas. Las agujas del cronógrafo están recubiertas de superluminova, un material que brilla en la oscuridad y en condiciones críticas de vuelo, centellea mensajes programados.

—¡Cada uno en su sitio! —agregó Matías. Todos se desplazaron diligentemente a diferentes lugares.

Concentrados, alertas y siguiendo las instrucciones de la pantalla, cada miembro del equipo tocaba suavemente los comandos de sus monitores personales y seguía con atención la secuencia de vuelo que el simulador proponía.

Pasado el mediodía, las puertas de la nave se abrieron y los hambrientos tripulantes descendieron con cierta parsimonia. Sofía miró su reloj,

habían transcurrido 4 horas terrestres; aguzó la mirada para leer: “4 horas 48 minutos con velocidad estimada 0,2 c”.

## 5

Las prácticas de entrenamiento de vuelo en el simulador se repitieron con algunas variantes. Las jornadas resultaban estimulantes para Sofía, ya no tenía náuseas y su ritmo cardíaco parecía estable. Todos terminaban extenuados y algunas tardes, pasaban por un gimnasio para distenderse y tomar algo.

Los fines de semana, las chicas se levantaban muy temprano, se encontraban en la plaza central de la ciudad para salir a correr, bordeando el lago. El frío de la mañana, la agitación física y la caminata posterior, las tranquilizaba.

El último domingo de mayo, las sorprendió charlando sobre los beneficios de la juventud y casi sin querer, terminaron especulando sobre los años que les restaría el vuelo tripulado a Marte de 24 días.

Mientras regresaba caminando, con el sol en la cara, Sofía sonreía. El nombre del transbordador escrito en femenino, le agradaba. Fantaseaba que, como en el mito, una diosa lo habitaba y sanaba las enfermedades de las mujeres, otorgándoles un nuevo nacimiento. Lo curioso era que Artemisa intercedía, pero no se involucraba con dioses ni humanos, ni se interesaba por los amoríos de los demás; cercana y lejana, como Sofía.

Mientras salteaba las baldosas flojas, recordaba con agrado el guiño de Matías, ese con el que se despidió el viernes; cavilaba sobre la posibilidad de la fecundación en el espacio. Cuando leyó el resumen de una publicación de Nueva Gales, no le prestó atención; no estaba interesada en el tema; pero ahora, que faltaba poco para partir sentía una extraña satisfacción.

El saludo cordial del sereno del hotel pinchó el globo de sus meditaciones. Devolvió el saludo y empujó la hermosa puerta de ciprés; una prisa inexplicable, aceleró sus pasos y se dirigió al escritorio improvisado. Había tanto para leer, informes por corregir, protocolos que llenar y llamadas telefónicas que responder.

—¿Qué tal amiga? —La voz de Ciro en el contestador la sorprendió. Él hablaba poco, generalmente de los temas laborales que los convocaban; sus diálogos informales solían ser respuestas a los comentarios jocosos de Lucas.

—¡Llamame, cuando escuches el mensaje! —se oyó.

Con curiosidad, aunque con cierta pereza, Sofía escribió un mensaje de WhatsApp.

## 6

Las novedades que Ciro comentó rápidamente por teléfono solo causaban desazón: un sector del transbordador se había dañado por el incendio en el hangar. Los bomberos llegaron a tiempo para evitar un desastre, pero había mucho por reparar.

El grupo, algo desalentado, sin saber qué hacer, se reunió con el responsable del proyecto que les comunicó que Artemis III continuaba, pero las reparaciones llevarían por lo menos un mes.

Los entrenamientos con un simulador alternativo se hicieron frecuentes, aunque complicados; otros dispositivos, nuevos procedimientos, más cálculos.

—Había que ponerle mucha onda — repetía Matías y, a veces, ni él se lo creía.

Pasaban los días, disminuía el entusiasmo y aumentaba el mal humor en algunos; tanto que a veces, discutían sin razón. A Sofía ya no le importaban las miradas intensas de su compañero ni las bromas de los asistentes; a veces pensaba en volver.

## 7

—9,8,7,6,5,4,3,2,1. ¡Lanzamiento! —La voz firme del comandante de la nave llegaba con claridad a los audífonos de los tripulantes. Sus más de dos mil horas de vuelo le daban la seguridad de un líder.

Cada uno en su tablero operaba sincronizadamente. No había lugar para demoras ni errores. Blasich había asumido el rol de piloto en esta experiencia, Ciro lo secundaba en las maniobras de seguridad. Eva era la encargada de distribuir el alimento y de organizar el aseo. Lucas se ocupaba de las operaciones especiales y Sofía de las mediciones y registro de variables.

Tres minutos después, llegaron a la altura de 100 Km; en cinco minutos ya habían alcanzado la velocidad orbital. El espacio gigante y oscuro penetraba la pantalla y se apoderaba de los cuerpos livianos que iban recobrando su pulso habitual. El reloj de Sofía marcaba "0,1 c" y ella se sentía serena.

Pasaron las horas y cada uno comenzó a manifestar cierto cansancio mental; la ejecución de procedimientos complejos y las operaciones en equipo se sentían en el cuerpo y en la mirada opaca a través de la escafandra. Un timer en la pantalla indicaba que pronto debían regresar a la plataforma de lanzamiento.

El aterrizaje se produjo como estaba previsto. En estos vuelos de prueba, casi todo estaba previsto, hasta el orgullo argentino del equipo que, por primera vez, operaba lejos del Centro Espacial Kennedy.

Luego de quitarse los mamelucos y los cascos, Eva y Sofía miraron con detenimiento sus brazos y manos, buscando alguna señal de regresión temporal.

—¿Alguna arruga menos? —se escuchó. Y una sonora carcajada retumbó en el vestidor.

¡Carcajada, timbre y sobresalto! Todo en una milésima de segundo. Párpados pesados, ojos hinchados y rigidez corporal. ¿Sueño o realidad?

—¿Señorita, Sofía Linares? —preguntó el cartero. Ella no podía pronunciar palabra, hizo un gesto afirmativo con la cabeza aún despeinada y trazó un garabato en la planilla. Rompió el sobre oficio, siguió con la mirada el encabezado de la primera página y comenzó a leer con detenimiento el párrafo que anunciaba la conformidad para rendir las pruebas de admisión. El entrenamiento de preparación para los interesados en participar del viaje tripulado a Marte del año comenzaba en unos días y ella había sido seleccionada.

Con una nueva sensación corporal que no podía describir, se dirigió a la cocina, bebió un sorbo de agua de la canilla, se mojó la cara, sintió una brisa suave en el rostro y, mirando a su gato, repitió en voz alta algo que había leído por ahí: “todo gran viaje comienza con un diminuto sueño”. Y dando giros sobre sus pies descalzos gritó ¡a volaaaaaar!



# Montañas de perros

**Texto:** Mar Espíndola

**Ilustración:** Neya

*A Sofía Lorian Moya por la data.  
A Jerónimo Cabassi por despertar la idea.  
A Neociencia.*

## Capítulo 1

Cinco grados marca el termómetro en la puerta de la casa de Agustina. En Estocolmo hay mucha humedad y ella está sentada tomando mates, con yerba del último paquete que le había enviado una amiga desde Sadoso, la capital de la tierra colorada. Mientras el vapor dibujaba formas a través del haz de luz, ella revisaba una caja llena de papeles y algunas fotos. —¡Tanto tiempo ya pasó! — dijo, al momento que observaba una captura impresa de aquel día en el que obtuvo el reconocimiento del Ministerio de Salud, pues había sido la única investigadora de flebotomos en Argentina y la OMS celebraba la erradicación de la leishmaniasis, situación que sucedió gracias a la investigación para su tesis de doctorado.

Hacia rato no sabía nada de su país natal, sus padres habían fallecido y sus amigos investigadores, al igual que ella, habían emigrado a lugares diferentes. El mundo ya había pasado por 16 pandemias, la última fue la enfermedad que transmitían estos seres diminutos que ella conocía muy bien. Pocos días después de su minuto de fama, en un arrebato de optimismo las autoridades vaciaron los centros de investigación, — ¡ya no son necesarios! — decían. Todo parecía estar tranquilo a sus 45 años, colaboraba en un centro ecológico haciendo algo de genética evolutiva,

por la tarde salía a andar en bici o a caminar en las microzonas libres de motor, y a la noche, cenaba rodeada de sus gatos, nada muy diferente a su pasado excepto por el frío —aunque con la ropa que usa inteligencia artificial ya no le afectaban las temperaturas extremas—. Cerró la caja, algo de polvo voló por los aires y tomó dos o tres mates más hasta que vibró su muñeca, alguien la llamaba.

## Capítulo 2

—Seguro es una joda como las que siempre solías hacer... — dijo un poco fastidiada, pero del otro lado del reloj la voz desesperada de Manuel no parecía estar bromeando. —¡Es en serio, aparecieron todos los perros del pueblo muertos y temen por las personas, porque hay algunas infectadas! Tenés que volver, sos la única que puede solucionarlo, creem... Un corte brusco le puso fin a la llamada y un clima confuso cubrió el departamento de Tina, como solía decirle el profe en su etapa de estudiante.

La genetista, que siempre se mostró segura ante cualquier arrebato de la vida, no pudo evitar entrar en un estado de incertidumbre y nervios, se empezó a rascar la cara, la picazón era más intensa en la zona de las cicatrices que le habían provocado, como a muchas personas, los barbijos obligatorios de las consecutivas pandemias.

—¿Qué hago?—, se preguntó.

Caminaba de aquí para allá, mientras los felinos saltaban de un lado a otro creyendo que era uno de los típicos momentos de juego. —No puedo dejar en banda al profe—, pensó. Con dos aplausos encendió la computadora y revisó los diferentes portales de noticias de su ciudad natal. Sólo encontró dos o tres noticias sobre muertes repentinas de perros y nada más. Apagó la notebook y salió de la casa.

## Capítulo 3

—Les rogamos tengan cuidado al abrir los compartimentos superiores ya que el equipaje puede haberse desplazado. Por favor, comprueben que llevan consigo su equipaje de mano y objetos personales. Si desean cualquier información, por favor, diríjense a los robots apostados a los costados de las puertas de acceso al aeropuerto. Muchas gracias y bienvenidos nuevamente a Zugau, todo el turismo en un ciudad.

Tina ya se había olvidado cómo reaccionaba su cuerpo a las temperaturas superiores a 35 grados, encima estaba apurada, con lo cual acudió a su ropa inteligente. Por esas latitudes, los autos eléctricos aún no habían alcanzado la autonomía necesaria, el servicio era deficiente, las demoras

en la recarga generaban retrasos y acumulación de personas en las terminales. Una vez que llegó al bungalow que había conseguido reservar desde Estocolmo, intentó comunicarse nuevamente con Pato, una de las pocas amigas investigadoras que se quedaron en la ciudad, ya que desde Suecia no había logrado dar con ella. Tras varios intentos, nada. Lo mismo ocurrió al intentar dar con Manuel. —¿Qué hago acáaa?, sollozó. Se puso una almohada de viaje en la cara y gritó fuerte.

#### Capítulo 4

Recién empezaba a clarear el horizonte, Tina se dio cuenta por el canto de los pájaros y por los “carachai” que no paraban de zumbar alrededor de sus orejas. —¡Ni en tiempos pandémicos había tantos! —, dijo en tono de queja. Se levantó de la cama, hizo un mate, tomó dos o tres y salió rumbo al Instituto de Enfermedades Tropicales.

La sorpresa y el desagrado no tuvieron medida, ni bien caminó una cuadra, un olor nauseabundo penetraba las fosas nasales y en cada esquina había montículos de perros muertos y algún otro agonizando, los juntaban cual basura para luego llevarlos a un descampado donde los prendían fuego. Fue imposible no llorar de impotencia, pero aún así, apuró los pasos, porque sólo había conseguido un permiso por dos días para ocupar un laboratorio que contaba con el equipamiento que necesitaba.

Después de 30 minutos llegó al instituto, ese lugar donde pasó los mejores años de su vida, excepto por...

—¡Ohh, miren quién nos honra con su presencia, la premiada! ¿Volviste? ¿No era que te estaba yendo taaan bien allá? El tono sarcástico era de quien intentó y no pudo ponerle trabas a su tesis, el famoso Ernesto Uglieti. —En vez de estar comiendo bizcochitos deberías estar haciendo algo para intentar ayudar, ¿no te parece?, dijo Tina, y siguió camino hacia el laboratorio mientras Ernesto chupó fuerte el resto de agua de un mate lavado. Cuando ingresó a la pequeña habitación, vio un ultra freezer, una cabina de bioseguridad y un microscopio con el que trabajaba un tímido pasante que apenas le dijo hola sin despegar su rostro de los oculares. —Disculpá, mi nombre es Tina, eh digo, Agustina Somot, ¿y vos? —Yo soy Arón Lanber, te conozco, consulto tus publicaciones muy seguido.

—¿Y se puede saber qué estás analizando? —Hace unos días capturé varios carachai para analizarlos, logré identificar el parásito pero, según las pruebas que ya están hechas, no parece ser el mismo de siempre. Estoy preocupado, la enfermedad está alcanzando a las personas ¿Usted está al tanto de lo que pasa?

—Sí, por eso estoy acá, mi profesor de toda la vida, Manuel, y mi amiga Pato no dan señales de vida, nadie sabe de ellos, necesito saber que están vivos y que se solucione todo esto. Dejé que lo miro—, dijo de repente, y se sentó frente al microscopio.

## Capítulo 5

—¡Arón!, grita Tina, todo es raro porque el parásito circulante es una cepa que no se venía registrando. Lo que resta saber es por qué resultó ser tan repentino el contagio y tan fulminante la enfermedad. Tenemos que alertar a la población.

Ambos siguieron con algunos análisis en laboratorio, hasta que se hizo de noche.

Al día siguiente, Tina se dirigió al hospital para consultar si Pato, su amiga, era una de las infectadas.

—Patricia Taborca—, dice aproximándose a un aparato que hacía una búsqueda automática y arrojaba la habitación donde se encontraba. Ahí comenzaba un cuestionario eterno para cumplir con los protocolos de seguridad. Tras una hora y media, la respuesta del sistema llegó: —Patricia Taborca, habitación 9440, adelante. En la puerta de la habitación la esperaba un enfermero, que le adelantó que el pronóstico no era favorable.

—¡Amiga del alma! —, exclamó ni bien entró, —¿Cómo estás? —. Como pudo, Pato respondió, con la voz entrecortada por la insuficiencia respiratoria que padecía: —Manuel.... está en peligro... todos... apurate—.

## Capítulo 6

Muchas cosas habían cambiado desde que se fue a Suecia, pero otras seguían iguales, como el rechazo que recibió Tina por parte de los medios para anunciar que lo que estaba sucediendo podía ser mucho más grave y que eran necesarias medidas urgentes. Nadie quería sembrar el miedo de una nueva pandemia, además, los diarios, canales y webs estaban involucrados en las disputas políticas. La gente carecía de preocupación, nadie usaba elementos de seguridad o prevención y algunos estaban fascinados con las imágenes de los perros muertos en las calles, hasta circulaba un challenge en las redes: #montañadeperrros.

El contexto pre-electoral dominaba la escena, en un mes las urnas definirían si seguía Atilio Ogen, quien supo sacar del poder al eternizado intendente Clausen Irato, o finalmente retornaba este, que volvía a presentarse bajo el lema “Volver a ser como antes”.

— “Volver a ser como antes”, pff —, dice Tina levantando un volante del suelo en el ingreso al Instituto. —¡Por favor que no gane este chanta! —, exclamó, y siguió camino hacia el laboratorio.

Agustina pensaba las posibilidades y trataba de atar cabos, mientras minuto a minuto aumentaba la cantidad de seres vivos de dos milímetros que protagonizaban la escena.

—Qué raro, son las 12 del mediodía, históricamente, la mayor actividad de estos dípteros es al atardecer—, pensó. Se levantó de la silla y colocó en la puerta una trampa de luz, era muy raro hacerlo en interiores, pero había más insectos adentro que afuera. Los recolectó, los analizó y todos los resultados arrojaban la misma cepa que había visto el pasante.

Agustina caminaba por los largos pasillos del Instituto, pensaba, iba y venía. Los focos titilaban y su calzado de croslyte hacía imperceptibles sus pasos. El silencio perfecto del momento se vio interrumpido por una voz masculina que gritó: —¡No! —Sigilosamente se acercó a un laboratorio que quedaba al final del pasillo, puso el oído derecho cerca de la puerta y escuchó: —Él ya está infectado, el tema es ella.

—Vos me prometiste que lo ibas a hacer, ahora hacelo, si no vengo y rompo todo esto, ¡se pudre todo!

## Capítulo 7

Tina volvió al laboratorio con los ojos abiertos de par en par y muy tensa. De repente se encontró en una situación detectivesca, no solo tenía que detener la propagación del parásito sino también descubrir qué pasaba. Tenía una gran pista: una de las voces que escuchó era la del inconfundible Ernesto, lo que la inquietaba era saber para quién estaba trabajando y qué hacían en ese laboratorio. Esperó y esperó, apagó las luces y se quedó sentada debajo de una de las mesadas hasta asegurarse que no había nadie, sólo precisaba ver por la mirilla para tratar de confirmar lo que dedujo en fracción de segundos. Cuando estuvo ahí y con la poca luz que pudo darle a la escena gracias a su reloj, lo constató: un insectario controlado, con recipientes llenos de flebotomos.

—¡Estos inescrupulosos los crían y es más que seguro que la única fuente de sangre que les ofrecen es la de perros infectados!—, exclamó con bronca.

No era descabellado, el laboratorio privado Arivor, del cual también formaba parte Ernesto, ya había sido centro de controversias por un caso similar que no llegó a mayores. Esta vez, la apuesta era diferente, lo hacían en un lugar público para no despertar sospechas pero

el patógeno era el mismo, el que usaban en aquella época para los controles positivos, que son necesarios a la hora de tener certezas sobre un resultado y descartar un error de procedimiento o algún problema con los reactivos.

### Capítulo 8

—Se solicita cajero en línea de cajas.

—¡Adelanteeee, el que sigue!

—Buenas tardes, con Relojpago por favor.

—Perfecto señora, ¿algo más?

—No, solo algodón y quitaesmalte

Ya sin esperanzas de dar con Manuel y a poco de haberse enterado que Pato no pudo sobrevivir, Tina tomó un taxi para llegar lo antes posible al Instituto. Estaba segura que allí no iba a haber nadie porque era sábado, y toda la ciudad estaba expectante por el cierre de campaña de Irato. Con la ayuda de Arón, pudo ingresar al “labo del fondo”. Su cabeza gira y hace un paneo por la sala, centenares de esferas de vidrio minadas de flebotomos y varios tubos con sangre etiquetados con la fecha de extracción y la zona del perro en cuestión. Abre una bolsa de algodón, la humedece con mucho quitaesmalte y la tira cuidadosamente en una esfera. Hizo ese procedimiento con todas las que había, hasta que el sonido de unos pasos aceleró la heroica tarea. Antes de salir, enciende el aire acondicionado y lo programa en 16°, para asegurarse que no quede ningún insecto infectado.

Sale corriendo, Arón la esperaba en su moto para ir al famoso acto de campaña.

### Capítulo 9

— ¡Esto no puede suceder compañeros! Tenemos que volver a estar como estábamos antes. La inoperancia de ciertos políticos dejó sin mascotas a nuestros niños y hay personas que también se contagiaron. Un hecho gravísimo. Créanme, estoy muy preocupado.

—¡Irato, Irato! — gritaba una muchedumbre enardecida, algunos con laceraciones en brazos y piernas.

—¡Nadie quiere otra pandemia más y esto es a lo que nos están llevando!

—¡¡Vamos Clauseen!! —, exclamó una mujer.

Mientras expresaba su oratoria eufórico, su reloj no paraba de sonar. Pudo ver de reojo el id de la llamada: “Ernestito”, decía. Por supuesto, no hizo caso y continuó con su discurso.

El multitudinario acto se vio interrumpido por las sirenas de la policía barrial, un grupo de oficiales descendió en el lugar, subió los escalones del escenario: —Tiene que acompañarnos, señor Irato—, dijeron a coro.

El calor era fulminante, la temperatura había llegado a los 45° grados, algunas personas agolpadas contra el escenario gritaban y pretendían evitar que se llevaran al candidato. Otras, desconcertadas, quedaron atornilladas al piso sin hacer ni decir nada.

—Hay cosas que nunca cambian—, dijo Tina, y el surco de sus ojeras se profundizó a causa de una leve sonrisa con la que se alejó del predio.

**FIN**



# El consolador

**Texto:** AL Ortiz

**Ilustración:** Flavio Herrera

## Día 1

¡Es una mina!, pensó María en su dormitorio mientras miraba como el... bueno, “la” androide que acababa de recibir en su domicilio terminaba de auto configurarse. Se había demorado meses en decidir la compra del XinguBot, androide sobre el cual la Anzuo Corporation garantizaba una completa y placentera experiencia, ideal y personalizada para cada usuario.

—Chinos de #\$\$%, —maldijo— ¡y encima no le paran de crecer las tetas! —agregó mirando al techo.

La androide se había vuelto una morocha exuberante de cintura estrecha después de que María la sacara de la caja e iniciara el proceso de la puesta en funcionamiento. Su cabello suave, ondulado, enmarcaba un rostro redondeado, de ojos cerrados y una leve sonrisa que le pintaba una expresión de calma. Sobre la frente de la androide flotaban dos hologramas con las opciones:

ACEPTAR

RECONFIGURAR

María oprimió la segunda opción evitando rozar la cara de la cosa esa. La morocha volvió a ser el androide blanco y sin forma del comienzo, similar a un muñeco articulado para dibujo de casi un metro y medio. Sobre el pecho del androide se proyectó:

*Anzuo Corporation le agradece por adquirir el XiguBot™.  
¿Quiere configurar ahora su XinguBot™?*

El proceso era simple, solo tenía que decir en voz alta el nombre y la edad. Luego se presentaban veinte imágenes luminosas para seleccionar las que fueran del agrado del usuario. Estas no tenían nada de particular, eran unas fotos de paisajes, de algunos vehículos o algún emoticón.

En la soledad de su micro departamento minimalista y sin ventanas, María se inclinó para elegir concienzuda cinco fotos y la proyección se esfumó. Luego se escuchó una musiquita y un cartelito que decía:

*Gracias :)  
Ahora se configurará su XiguBot™ según sus preferencias.  
Recuerde: el XiguBot™ no reemplaza el contacto humano.*

Desde los micro orificios ubicados en las articulaciones del maniquí blanco surgió un producto viscoso que comenzó a recubrir al androide que comenzaba a tomar la forma de una persona. La altura del maniquí creció hasta alcanzar un poco menos que la de María. El rostro se formaba detrás del cabello que apareció en la cabeza y fue creciendo cada vez más... y nuevamente apareció la morocha curvilínea y desnuda. Pero, esta vez, ya no estaban las opciones de ACEPTAR, RECONFIGURAR, sino solo esa expresión de serena calma, como si el aparato estuviera meditando.

—¡Carajo! —gritó María con los puños apretados mirando al piso.

La androide abrió los ojos como si hubiese sido despertada. Miró a María esbozando una dulce expresión:

—Hola. Ahora puedes darme un nombre, por favor.

—¡#\$\$%&!

—Creo que ese nombre no sería adecuado —respondió tranquilamente la androide—. Podés elegir entre estos nombres sugeridos.

La androide extendió el brazo con la palma abierta, como si le ofreciera a María una fruta invisible, de la cual flotaron proyectados veinte nombres. María los leyó en voz alta indignada:

—Lola, Bambi, Ambar, Tiffany, Lima, Cherry, Berry... todos nombres de strippers. —Pero... ¿Qué se piensan estos?!

—Elige un nombre, por favor —respondió la androide con una tenue sonrisa.

María olvidó su rechazo para agarrar a la androide por la muñeca y meterla a empujones en el placard. Luego se echó a llorar en la cama. Qué vergüenza contactar al servicio al cliente, pensó, qué les diría: hola, yo quería un chongo. No, qué vergüenza...

Luego de un rato María se recompuso un poco y pensó que al día siguiente se comunicaría con la empresa, que no era para tanto. Seguro ya les había pasado algo así y el soporte debía de ser otro robot de algún tipo, además era culpa de ellos. Pero mañana haría eso.

Mientras comía, esa noche, María no dejaba de pensar en lo que había pasado. O sea, ella era una mujer hetero... Sí, claro, había tenido una inocente experiencia con una compañera en la secundaria, pero no fue casi nada. El tenedor se detuvo a mitad de camino y abrió grande los ojos cuando la duda se materializó: ¿soy una lesbiana reprimida?

Trató de fantasear con qué hubiese pasado si ese breve beso con Catalina a los diecisiete hubiera derivado en sexo... pero sonrió y siguió comiendo mientras negaba con la cabeza en forma displicente. No, la idea no le repugnó, pero tampoco la excitaba. Mientras lavaba los platos concluyó que no, que los chinos no sabían nada y todo lo del algoritmo del cuestionario era puro verso.

Llegó la hora de dormir y María entró de puntitas al dormitorio como para que a la androide no se le ocurriese ninguna idea rara. Se acostó y se tapó hasta la cabeza como cuando era chica. En la oscuridad, la mujer escuchó la puerta del placard que se abría lentamente. En la tenue penumbra miró de reojo para encontrarse con un par de ojos marrones brillantes que la miraban apaciblemente.

—Creo entender que no esperabas que tenga este aspecto. Y, aunque te aseguro que soy lo que necesitas según tú perfil, también estoy obligada a recordarte que en cinco días se habilitará nuevamente la opción para reconfigurarme si es que no soy de tu agrado —dicho esto, la androide cerró nuevamente la puerta del placard con muchísima amabilidad.

## Día 2

María durmió intranquila. Así y todo, se presentó para producir. Varias veces su estación de trabajo luminosa tembló cuando se estrujó los

dedos mirando de reojo hacia el dormitorio. Ojalá los androides aún tuviesen una opción de apagado.

A media mañana, la rutina laboral y la falta de señales de la cosa esa la habían tranquilizado. Cayó en la cuenta de que no había desayunado nada. Dijo “pausa” y la estación de trabajo se esfumó. Tomó del dispensador el té de gelatina habitual. Se sentó en la única silla del micro departamento para saborearlo. Aunque tenía obligación de llenar su cuota de consumo, María se cuidaba bien de no llenar el escaso espacio del microdepartamento con objetos innecesarios.

Aburrida, luego de un rato se dirigió al baño y se sentó en el inodoro dando sorbos a la taza y viendo viejos dibujos animados proyectados en la pared. En la estrecha puerta abierta apareció la androide con toda su desnudez.

—Hola, solo quiero recordarte que tienes que darme un nombre —dijo la androide amablemente.

—¡La mierda!

—Ese nombre no parece adecuado...

—Sí, sí —dijo impaciente María—. No sé, elegí cualquiera, elegí vos, pero rajá de aquí.

—¿Segura? Darme un nombre es importante...

—Sorda la maquinola, eh. ¡Te dije que te vayas!

—Entiendo —dijo estoicamente la androide—. Creo que el nombre “Cherī” es el que más me agrada. Sí, creo que me gusta.

Cherī, la androide, sonrió a María y caminó hacia la sala del departamento sin dejar de observar a la mujer que seguía sentada en el inodoro con la taza de té aún en la mano.

—¡Pará, pará, volvé al placard! —grito María levantándose del inodoro mientras se limpiaba apresuradamente enredándose con la bombacha en los tobillos como si un bromista se la hubiese atado. Sin soltar la taza, y acomodándose como podía la ropa, encontró a Cherī parada en medio de la pequeña sala.

—Hola, María, tu departamento se ve un poco vacío, ¿es temporal? —inquirió Cherī.

—Hace seis años que vivo aquí, pero... no tengo que explicarte nada. Volvé al placar.

—No creo que nos haga bien que yo vuelva ahí —le respondió Cherī resuelta—, creo que me voy a sentar en la única silla que hay aquí. Quizás necesitemos otra silla.

Cherī apuntó su amplia cadera hacia la silla de María. La mujer soltó la taza de plástico abriendo ambas manos como si eso pudiera detener a

la voluptuosa androide que ahora se sentaba sin prisa. María abrió y cerraba la boca sin decir palabras. Cherī la miró y le preguntó:

—¿Estás bien, quieres que hagamos algo?

—Vos y yo no vamos a hacer nada —respondió María cerrando los puños para enfatizar—. Por lo menos no hasta dentro de cinco días.

—Entiendo —asintió Cherī mirando alrededor.

María avanzó dos pasos hacia Cherī, quería levantar esa cosa y tirarla por la inexistente ventana de su departamento. Entonces, la androide se levantó de la silla y la miró fijamente, como si hubiese podido advertir la intención de la mujer, y su habitual sonrisa se diluyó.

María retrocedió un paso cuando Cherī avanzó en su dirección. Abrió las palmas de las manos como para detenerla, pero Cherī pasó a su lado y se inclinó suavemente de espaldas a ella para levantar la taza tirada. Las nalgas de Cherī formaron una perfecta forma de corazón con aquella acción.

Carajo, pensó María sin poder quitar la vista de esa parte del cuerpo de la androide. Cherī, se irguió suavemente y giró sosteniendo la taza con ambas manos justo debajo de los senos generosos. Cherī volvió a pasar al lado de María y depositó la tasa en la bacha de la cocina.

—No, no, no, no —dijo María—. No te vas a pasear desnuda por aquí.

—¡Sí, vamos de compras! —chilló suavemente Cherī dando un pequeño saltito girando hacia María.

Comprar ropa, dijo María y entonces se proyectó en medio de la sala un catálogo compuesto por fotos simuladas de María vistiendo los diferentes atuendos ofrecidos por la tienda. No le voy a sacar una foto a ella, ni loca, pero ¿qué talle será?

Entonces, a María se le ocurrió una gran idea, según ella. Estilo over-size, dijo en voz alta. Y así compró apresuradamente un pantalón y un jersey muy holgados de color verde talle XXL, embolsaría a Cherī para ocultar su excesiva feminidad.

—¿Y la ropa interior? —inquirió Cherī acercándose a la proyección.

—No hace falta.

—Bien —dijo Cherī asintiendo con una resolución casi infantil. Y María dio una palmada en el aire para hacer desaparecer el catálogo.

Media hora después anunciaron la entrega. María levantó los paquetes de la puerta y se los pasó a Cherī que dijo con picardía:

—¿Me ayudás? Es la primera vez que me voy a vestir.

María suspiró. Así, de mala gana abrió los paquetes y vistió a la androide apresuradamente. Primero el jersey y finalmente los pantalones.

Cherī se acomodó el cabello, puso los brazos en jarra y preguntó con una amplia sonrisa:

—¿Qué tal?

—Bien, mejor —respondió María con un suspiro de alivio.

Cherī dio unas palmaditas mientras sonreía más aún. Ahora vestida y con esa actitud la androide transmitía un aire un tanto adolescente. Carajo, que cochinos son los tipos, pensó María, ¿por qué les gusta tanto el beboteo?

*JORNADA: MITAD.*

*PRODUCTIVIDAD:* 😞

*CONSUMO:* 😊

*Su contribución es:* 😞

Las letras aparecieron en medio del pequeño departamento sin ningún aviso. Por ocuparse de Cherī se había ido medio día. Bueno, en un rato lo resuelvo, se dijo María atravesando el cartel informativo flotante. Confirmó el pedido de comida y se preguntó si la androide Cherī comería algo. Seguro no lo necesitaba, pero ignoraba hasta dónde habían llegado con la simulación. Miró de reojo a la androide.

—Si querés te puedo acompañar a comer —dijo Cherī. Parecía confirmar que leía la mente de María—. Me gusta el helado de cereza y la gelatina también.

María sintió que negarse sería una especie de descortesía. Pero decidió ignorar a Cherī como si no le hubiese escuchado. Cherī se sentó en el piso mirándola curiosa. María se dio cuenta que no iba a poder comer con esos ojos fijos en ella. Giró hacia la pileta de la cocina y comenzó a enjuagar la taza.

—¿Cherī, podrías ir al placard? —preguntó la mujer con la vista fija en la taza y sin dejar lavarla.

—Me gusta estar aquí o en la cama.

—Bueno, pero andá por un rato. Ahora tengo que comer y luego voy a estar ocupada así que...

Cherī se levantó de un salto, hizo un alegre saludo y se marchó al dormitorio a meterse en el placard. Triunfo, pensó María, aunque solo había ganado un poco de tiempo. Comió apresuradamente y luego produjo lo suficiente como para alcanzar un poco menos del objetivo de producción diario. A las 20:00 hs. apareció el informe de situación:

*JORNADA: DOS / TERCIOS.*

*PRODUCTIVIDAD: 😊*

*CONSUMO: 😊*

*Su contribución es: 😊*

María torció la boca hacia un lado y dijo: “Tutorial XinguBot”. En medio de la sala se proyectó un holograma con la mascota cabezona de la Azuo Corporation. No, quiero de TecnoLin, dijo María. La mascota se reemplazó por la alegre y fornida aparición de TecnoLin, un influencer tecnológico de aguda voz que contrastaba con su hiper masculina figura.

—Tengo 12 tutoriales sobre el XinguBot, ¿cuál necesitas? —María se golpeó la frente, debería haber hecho esto anoche.

—Quiero reconfigurarlo.

Como respuesta TecnoLin levantó su pulgar y comenzó a decir:

—El XinguBot es fabuloso, pero es cierto que a veces te sorprende la forma que adopta porque a primera vista piensas que no te gusta. Mi consejo es: no te preocupes, tomate los cinco días entre configuración y configuración. Te aseguro que te vas a enamorar. Siguiendo tutorial: Tu XinguBot se puso caprichoso.

—Sí, reproducir.

De nuevo TecnoLin levantó su pulgar y comenzó a decir:

—Es cierto, a veces el Xingu se puede poner medio caprichoso. Recuerda, tú tienes el control porque tu XinguBot está personalizado para ti. Eres tú quien tiene que conocerse, explorar la forma en que te gusta que te respondan. Quizás te sorprenda que a veces puedes desear un poco de rudeza o más amabilidad, o incluso que te pongan límites: —dijo guiñando un ojo—. Te recomiendo: ¿Tu XinguBot se baña solo?

María agitó la mano y el alegre TecnoLin se despidió con una sonrisa hacia abajo como lamentado la despedida. Íntimamente María esperaba que su androide tuviera algún desperfecto, pero parecía que no. Bien, probemos, se dijo.

—Cherī, vení, por favor.

Cherī vino desde el dormitorio caminando y dando pequeños saltitos como feliz de ser requerida.

—Hola, ¿qué vamos a hacer?

—Cherī, quiero que te guardes en el placard hasta que te pueda reconfigurar—, la androide cambió su expresión alegre por una de auténtica decepción.

—Me gusta estar cerca de vos...

—Pero a mí me incomoda tenerte cerca —María se sorprendió de la fugaz sensación de placer que ahora sentía—. No me gusta cómo te ves.

—Bueno, podés comprarme otra ropa, si querés puedo sugerirte...

—No, no Cherī, no me gustas y me arrepiento de haberte comprado, te soy sincera —de nuevo el placer de al fin descargar algo de la frustración que le provocaba ese aparato.

—Oh—dijo Cherī mirando al piso durante unos segundos y luego levantó su vista con una tierna mirada – pero, soy lo que necesitas, te lo aseguro.

—No, lo que yo necesito es un chongo —levantó la voz María haciendo un gesto con ambas manos. Pero la respuesta de Cherī la hizo enmudecer:

—Nop, vos necesitás otra cosa, por ahora al menos—. Dicho eso, la androide se dio media vuelta, fue al dormitorio y se metió en el placard sin hacer ruido.

### Día 3

Durante todo el día Cherī no salió del placard. María no se animó a buscar ropa para cambiarse. Se repetía una y otra vez que la androide no era más que un aparato, no muy diferente a cualquier otro.

María produjo y consumió ese día, pero de una forma distraída. Su humor fue mutando según el momento, pasó del arrepentimiento a la pena y del fastidio al rechazo. Y la ironía estaba en las horas que había fantaseado usando el XinguBot y ahora solo estaba frustrada.

María se dirigió hacia el dormitorio con largas zancadas, dispuesta a agarrar a Cherī y sacarla fuera del departamentito a patadas. Al llegar a la puerta del placard se detuvo, Cherī no se iría, se quedaría en la puerta esperando poder entrar nuevamente como una mascota fiel.

Tirlarla o incluso pedir un reembolso acompañaba una amonestación crediticia por consumo irresponsable. Tenía que buscar otra solución. Quizás podría intentar usar a la androide de alguna manera. Podría intentarlo, una prueba y ya, que no era para tanto tampoco, se dijo, tratando de ser persuasiva consigo misma.

Cuando llegó la noche María se acostó en la cama desnuda y llamó a la androide. Cherī abrió la puerta del placard suavemente, los ojos marrones no brillaban tanto como la primera vez.

—Acostate conmigo esta noche —dijo María.

Cherī asintió con una sonrisa en la penumbra. También se quitó la ropa tan holgada y se dibujó la silueta tan femenina que había adoptado. Se recostó al lado de María y la abrazó con mucha ternura. El cuerpo sintético

de la androide era tibio y reconfortante, hasta parecía que respiraba. Y sin ninguna razón, en la oscuridad y en esa pequeña cama donde apenas cabían los dos cuerpos desnudos, María comenzó a sollozar en silencio.

María giró en la cama dándole la espalda a Cherī mientras abrazaba sus propias rodillas. Cherī extendió sus brazos como si la estuviera protegiendo. El sollozo se convirtió en un llanto profundo y sincero que llenaba todo el minúsculo y solitario hogar.

Y así se durmió María esa noche, acurrucada junto al cálido cuerpo de una androide.

#### Día 4

María despertó y Cherī no estaba en la cama. Pensó que debería sentirse un poco avergonzada, pero no, incluso se sentía aliviada. Se vistió y fue al baño, luego se dirigió a la sala, Cherī no estaba ahí tampoco. María giró en derredor como si el micro departamento pudiese ocultar una androide de más de un metro sesenta.

—¿Cherī? —llamó con algo de inquietud.

Desde el dormitorio apareció Cherī vestida y caminando con una sonrisa amistosa y saludando con la mano. Pero dónde... ah, claro, estaba metida en el placar.

—Hola ¿cómo estás hoy? —preguntó la androide.

—Bien, y vos.

—Muy bien —respondió Cherī.

—Vení, sentate.

—Claro ¿Qué querés que hagamos?

—¿Conversemos, sí?

—Claro, pero ¿no tenés que producir y consumir? —inquirió Cherī como una amable advertencia.

—No, me voy a tomar el día —respondió María—. Yo, digo, anoche no sé qué pasó.

—Está bien, nos pasa a todos, creo yo —dijo Cherī.

Qué respuesta tan extrañamente humana, pensó María. Entonces, se le ocurrió que Cherī podría estar programada para ser muy empática con las emociones básicas.

Cherī observó a María con sus ojos marrones y sonrió apretando un poco los labios. Se levantó y le dio a su dueña un ligero abrazo y un beso en la frente. Una oleada de melancolía invadió a María que apenas logró atrapar una lágrima.

—Todavía no desayunaste —observó Cherī—. Te pido un té de gelatina.

—Sí, gracias.

Cherī se dirigió al dispensador y pidió el té. Ahí, parada, preparando el té, Cherī se había transformado a los ojos de María en más que en una simple cosa y hasta pensó que quizás podría adquirir una silla y otra cama, o aquel sillón que tan innecesario le parecía.

—¿Qué pensás, cómo me quedarían unos anteojos? —preguntó Cherī mientras alcanzaba la taza humeante a María.

—No imagino nada que te pueda quedar mal —respondió la dueña muy sincera y con una sonrisa al ver que Cherī mostraba satisfacción por el halago.

De pronto Cherī se quedó tiesa, su alegre expresión desapareció, los brazos cayeron suavemente al costado del cuerpo, sus ojos se cerraron lentamente como si de pronto se hubiese apagado.

—¿Cherī, qué te pasa? —preguntó María con creciente angustia y yendo hacía la androide.

#### **Anzuo Corp, división desarrollo en Jilin, 5 minutos antes**

—¿Te mandaste el parche? —preguntó Susan Bauri con agotada impaciencia.

Aunque la ingeniera solo estaba proyectada en el micro departamento de Gene Soong, igual intimidaba al joven con la misma fuerza.

—Ah, le pusiste toda la explicación ¿quieres que quede claro que fuiste vos quién descubrió el cagadon que se mandaron los gringos, eh?

—No es eso. Me pareció que era mejor documentarlo bien —mentira, en realidad quería que se sepa lo que había pasado y por lo que había tenido que producir extra, además de la posibilidad de un ascenso.

“Se detecta un fallo en la nueva subrutina de comportamiento espontáneo 1.0 que afecta desde la configuración hasta la simulación de comportamiento empático. Se procede a corregir el fallo. Gene Soong, parche CE 0.x.1 (Jilin, China)”, recitó Susan en voz alta mientras negaba con la cabeza.

—No tengo los datos de soporte —dijo Gene—, ¿hubo muchos reclamos?

—No, sabés que no Gene, diez más o menos, así que... —respondió Susan encongiéndose de hombros para restar importancia a la tarea de Gene.

—Entiendo. —Gene se desilusionó un poco, esperaba que la cosa hubiese sido un pequeño escándalo, es decir, los XinguBot no funcionaban bien, se comportaban de una manera errática, con respuestas confusas.

En Palo Alto se les había ocurrido que para mejorar la interacción usuario/androide había que incorporar cierta imprevisibilidad en el comportamiento de los XinguBot. En los modelos en uso casi no habían tenido problemas, el inconveniente ocurría ahora, en los modelos nue-

vos. Gene lo había descubierto al correr una prueba que nadie le había requerido, así que había dejado en descubierto otra chapuza del personal de Palo Alto.

—Gene, la próxima vez primero me avisas a mi antes de ponerte a hacer el parche.

—Sí, entiendo —dijo Gene.

—Bueno, ahora mando el commit y en unos minutos se actualiza el soft en los XinguBot que salieron en la última semana. Al final no fue para tanto —reafirmó Susan para restar aún más el arreglo de Gene Soong.

### **Micro departamento de María**

Hacia cinco minutos que Cherī no se movía. María estaba muy preocupada, ahora iba a llamar al soporte, ahora sí. Entonces, a la altura de la frente de Cherī apareció un mensaje proyectado:

*Hay actualizaciones gratuitas para su XinguBot™*

**ACTUALIZAR AHORA**

**RECORDARME LUEGO**

Debajo estaba un aviso con letra bien pequeña que decía:

*La actualización puede requerir reconfigurar su XinguBot™.*

Y María se quedó inmóvil mirando las opciones sin estar segura de cual elegir.



# Palimpsesto

**Texto:** Miriam Franco

**Ilustración:** Federico Sáez

Bárbara no lograba recordar nada de los llantos a escondidas de su infancia mientras leía *Mi planta de naranja lima*. Tampoco de su cumpleaños número 9 cuando le regalaron un *Elige tu propia aventura*, el primero de muchos que vinieron después. En el mismo olvido, cayó el momento en que descubrió su profesión en el cómic de la Batichica: sería bibliotecaria como Barbara Gordon, su tocaya. Le gustaba su trabajo, era obsesiva por ordenar cada libro en su lugar. Estaba frente a más libros de los que podría leer jamás y eso le genera ansiedad. Intentaba ganar cada día un poco más de tiempo para dedicarle a la lectura. Para llenarse de las historias que la apasionaban. Se obsesionaba con cada detalle. Se apuraba en llegar a su casa, en hacer las compras, en cocinar, en lavar la ropa para disfrutar del tiempo de la lectura. Llegó a desatender su trabajo clasificando en lugares groseramente equivocados. Al principio se enojaba con sus errores, al tiempo dejó de corregirlos, más tarde dejó de notarlos. Hacía siempre el mismo camino para ir a la biblioteca, ocho cuadras que caminaba ligero, sin distracciones, con la excepción de la vidriera de Longo, la librería de usados que la cautivaba. Solo modificaba el recorrido cuando llegaba a su escritorio un lote de libros nuevos para clasificar. En ese momento, Bárbara tomaba el camino más largo, de diez cuadras

pero donde no había distracciones para ella. De esa manera se aseguraba llegar a tiempo y dedicarse por completo a los procesos técnicos.

\*

El 27 de abril, como cada sábado, llegó a la Librería Longo. Miró cada detalle de la vidriera que conocía casi de memoria. Al entrar, Coqui la saludó desde el mostrador, Bárbara le devolvió el gesto y comenzó a recorrer cada uno de los estantes. Inclino la cabeza sobre su hombro y así fue leyendo los títulos impresos en los lomos hasta que uno logró captar su atención. En ese momento Bárbara se incorporó, extendió su mano para retirarlo suavemente del estante y leyó la contratapa primero, la tapa después, y por último, la portada. No logró atraparla. Meneó su cabeza, suspiró y volvió a colocar el libro en su lugar. Se sacudió el polvo de las manos, inclino su cabeza y sus ojos volvieron a recorrer el estante. Su vida se construía con pequeñas rutinas. Ese sábado descartó cuatro elecciones. Que el cuello comenzara a molestarle era señal de que no encontraría nada de su interés. Era momento de acercarse al mostrador para que Coqui hiciera su magia. La dueña de la librería más antigua de Rosario la conocía como nadie, al verla acercarse le sonrió y le dijo: —Entró un libro justo para vos, creí que esta vez lo ibas a encontrar. —Acomodándose el lápiz que sostenía su rodete canoso se abrió paso por detrás de la antigua caja registradora. Cruzó el local con lentitud, dueña de todo el tiempo del mundo. Llegó a la estantería ubicada frente al mostrador y se le escuchó decir: —Acá está: La entropía de la vida cotidiana. Tiene de esas marcas que te gustan, estoy segura que te va a cambiar la vida.

\*

En su casa, después de preparar el mate se instaló en el sillón con el libro en mano. Le gustaba sentir el libro como objeto, la marca de la tipografía sobre las páginas, la textura. En esos días, todo era una pantalla con más o menos luz, donde podías cambiar los fondos, el tamaño de las letras, descansar la vista. Podías inclusive leer sin leer, con solo seleccionar una voz con un tono particular, elegir la velocidad de lectura adecuada y escuchar un texto leído por una máquina. Pero no era lo mismo. Ella había aprendido a disfrutar de la lectura del papel, agarrar el libro y que le pesara en las manos. También del desafío de buscar posiciones para pasar horas y horas leyendo sin que el cuerpo le pasara factura. Le

gustaba el olor de los libros viejos, y su debilidad eran los usados. Libros que habían pasado por distintas manos dejando huellas de sus lecturas para ellos mismos en el futuro o para otros. Bárbara había descubierto el placer de encontrar las marcas de esas lecturas, imaginaba a esos antiguos lectores, jugaba a desentrañar esos mensajes y cómo hablaban entre sí. Subrayados, dibujos y comentarios al margen que la conectaban con lectores anteriores a ella.

\*

Ese día comenzó extraño, al loguearse en la computadora del trabajo tuvo que resetear la contraseña después de varios intentos fallidos para responder a la ayuda Nombre del primer amor. Después, cuando un usuario le preguntó su nombre, respondió: —Alejandrina. —Estaba claro que ese día no iba a ser un buen día.

Estaba dispersa, no lograba concentrarse en ese libro. No podía avanzar. Esta vez, la excusa para levantarse de su puesto de trabajo fue prepararse un mate. Sabía que no debía hacerlo con el lote de libros por procesar y el despiste que sufría últimamente. La semana pasada la jefa le había llamado la atención por la mancha de yerba que dejó en un par de libros, pero necesitaba algo que la enfocara.

Estela irrumpió en su oficina: —Estoy cansada de corregir tus errores, parece que estás en la luna de Valencia, esto ya es demasiado —le dijo, como continuando un diálogo del que Bárbara nunca se enteró. Ella apartó el libro La suma de mis partes que estaba clasificando e intentó prestarle atención.

—Este libro estaba mal ubicado en el estante. ¿Sabés por qué? —le dijo retóricamente. —Porque debería ir justo en el mismo lugar que este otro. ¿Desde cuándo tenés estos errores de principiantes Barbi? Sabés perfectamente que cada clasificación debe ser única. No puedo estar corrigiendo cada uno de tus errores, pero menos estos que son básicos. ¿Tengo que asignar a alguien para que revise tu trabajo? Agradecé que lo descubrí yo y no Beatriz. Hacete cargo y arreglá esto. —dijo. Y sin esperar respuesta, salió de la oficina dejando los dos libros sobre el escritorio de Bárbara para que las cosas volvieran a su estado natural.

Bárbara suspiró mirando los libros mal clasificados y pensó en La entropía de la vida cotidiana. En esa frase subrayada en birome azul a la que no le encontraba ningún significado: “Alejandrina comenzó a sospechar que no solo no podría volver atrás, sino que su pasado, nunca fue suyo.”

\*

Bárbara estaba sentada en canastita en su sillón gris con un almohadón encima de sus piernas que la ayudaba a sostener el peso de la historia que iba leyendo. Hacía horas que no podía despejarse, saltarse la cena la tenía sin cuidado, pensó que al día siguiente podría almorzar en el comedor de la biblioteca. Intranquila por las amenazas que rodeaban a Alejandrina, la protagonista, sin que ella siquiera las sospechase.

Escuchó un ruido que la sobresaltó, tardó un instante en darse cuenta que era el ringtone de su celular. Disgustada atendió: —Hola...

—Barbi, ¿cómo andás? —dijo una voz de tono animado y despreocupado del otro lado. —Seguro interrumpo alguna de tus lecturas, pero tengo una gran noticia para darte.

—¿Quién habla?

—Maxi.

—¿Qué Maxi?

—Tu hermano.

—No me jodas, no tengo hermanos. —dijo claramente ofuscada y cortó la llamada.

El teléfono volvió a sonar pero no atendió. Lo silenció mientras pensaba por qué tendría agendado a alguien que no conocía.

\*

Era jueves, temprano a la mañana. Bárbara caminaba para su biblioteca pero a mitad de camino cambió el rumbo y se dirigió a la Librería Longo. Esperó sentada en el escalón de mármol de Carrara de la puerta de entrada de la librería.

—¿Qué hacés a esta hora por acá, Bárbara? —le preguntó Coqui.

—Tengo una duda... no, una contradicción que no me dejó ni dormir ni leer. No entiendo qué está pasando —respondió.

Coqui le pasó una mano por la espalda dándole fuerza, mientras con la otra abrió la puerta del salón. Entraron y Coqui preparó mate cocido para las dos. Sabía que se venía una charla que necesitaba una infusión caliente.

Bárbara esperó apoyada sobre el mostrador y Coqui la invitó a sentarse del otro lado, en un espacio un poco más íntimo. En todos los años que había entrado a la librería, jamás había pasado detrás del escaparate.

—No entiendo qué me pasa, Coqui —alcanzó a decir Bárbara antes que se le quebrara la voz. —Tengo olvidos que antes no me ocurrían y

eso hace que me sienta confusa todo el tiempo. Antes sabía dónde iba exactamente cada cosa. Antes, con mi vida ordenada no dudaba del lugar único e inequívoco de cada libro en el sistema de conocimiento. Ahora dudo de mi capacidad para clasificar.

—¿Antes de qué? —la interrumpió Coqui, mojando una galletita Lincoln en el mate cocido.

—Antes de conocer a Alejandrina. No puedo despegarme de su historia, sufro con ella. Creo que estoy tan atenta a lo que le puede pasar que me distrae de lo que hago cada día. —Bárbara intentaba clarificar las ideas sin haber tocado su taza.

—¿Y si dejás de leerla? —le preguntó Coqui con picardía, conociendo la respuesta.

Bárbara que había empezado a tomar su primer sorbo de mate cocido, lo escupió. La pregunta la sorprendió. Nunca había estado entre sus opciones. —Eso es imposible, —dijo —no puedo seguir sin saber qué le pasa a Alejandrina. Siento que se me va la vida en esa necesidad. —respondió sin entender del todo lo que estaba diciendo.

Después de la charla con Coqui, decidió volver a su casa y pasar parte de enferma en su trabajo para no tener interrupciones. “Algo de cierto hay en eso después de todo” pensó, queriéndose convencer de que no estaba mintiendo. Tenía una fiebre encefalocedera por abocarse a la lectura, a esa lectura en particular. No podía abandonar ese libro. Por algún motivo sabía que quería terminar esa historia que ahora se escribía sobre ella.

\*

En el barrio se escuchaban sirenas cada vez más ensordecedoras debido a la cercanía. Coqui las conocía, no era la policía. Salió hasta la calle y logró vislumbrar el humo negro. Cerró la puerta con llave y empezó a caminar. Era tan chiquita que logró escabullirse con facilidad entre los curiosos de siempre. Sólo a algunos les llamó la atención esa señora canosa y de caminar lento que salió del edificio con un libro bajo el brazo.

Minutos más tarde, un cliente entró a la librería y le comentó “Coqui, ¿se enteró del incendio? Dicen que hubo un muerto”.

—Qué horror. No sabía nada, con razón las sirenas. —dijo, quitando el hollín del ejemplar de La entropía de la vida cotidiana que luego ubicó en su estante.



# Las y los autores

## **Julián Di Benedetto**

Licenciado y Profesor en Ciencia Política. Especialista en Tecnología Educativa. Trabaja como asesor pedagógico en la Escuela de Innovación del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA). En sus horas no productivas lee, escucha y aprende sobre astronomía. Sueña con escribir notas periodísticas y acercar a la gente el cielo a través de las palabras.

## **Soledad Núñez**

Profesora de Enseñanza Media y Superior en la especialidad de Ciencias Biológicas egresada de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, especialista en Gestión Educativa y en Educación con Nuevas Tecnologías. Actualmente trabaja en el Ministerio de Educación de CABA. Su principal motivación, sembrar semillas de curiosidad que permitan conocer y descubrir nuevos mundos y encender la imaginación de niñas, niños y jóvenes. Amante de la naturaleza, en sus ratos libres baila y a veces canta en público.

## **Eleana Fredez**

Estudiante autodidacta del fuego. Licenciada y Profesora de Comunicación Social. Especialista en enseñanzas con Imágenes. Amante del mundo y la naturaleza. Entrevistadora serial. Algún premio, varios enojos. Cuidado, escritora rebelde.

## **Fernando Gallará**

Ex Licenciado en Química. Fascinado por el mundo vegetal orientó sus estudios hacia la ecología de plantas. Es investigador del Banco de Germoplasma de Especies Nativas de CEPROCOR en las sierras cordobesas. Le divierte llamarse detective de semillas. Amante de todo lo que está bueno, le encanta sorprenderse y dar a conocer los secretos que encierran esas minúsculas cápsulas del tiempo.

### **Vanesa Gaido**

Licenciada en Biotecnología. Docente e investigadora de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Ilustradora científica. Astróloga en formación y defensora de los animales no humanos. Ama perderse y encontrarse entre tijeras y recortes. Su vida es un collage.

### **Ayelén Milillo**

Doctora de la UBA en Farmacia y Bioquímica. Docente de Microbiología General de la UNLP. Investigadora Asistente de CONICET. Integrante del equipo Ciencia Anti Fake News. Actualmente formándose en Comunicación Pública de la Ciencia. Ferviente admiradora de la naturaleza y del deporte de montaña.

### **Ramona Salinas**

Profesora en Física y Química, Licenciada en Ciencias Físicas. Docente e investigadora de la Universidad Nacional de Formosa. Integra el equipo de comunicación de la ciencia de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de esa provincia. En sus ratos libres disfruta de la lectura, la música y de los paseos por la costanera. “Ansiedad terrenal” es su primer cuento.

### **Mar Espíndola**

Periodista y Realizadora audiovisual. Junto a dos colegas realiza el programa de TV Neociencia, que se dedica a la comunicación pública de la ciencia y la tecnología de Misiones y el NEA. Trabaja como editora, productora y periodista en Canal 12 de Posadas. Además, se dedica a la fotografía y forma parte de Todos los accidentes, un programa radial vía Twitch. Escribió “Montaña de perros” acompañada de la música (no puede vivir sin ella) y de Gatritrox, su housemate felino.

Links de interés:

<https://linktr.ee/Neociencia>

[www.instagram.com/marespindola\\_](http://www.instagram.com/marespindola_)

[www.instagram.com/todoslosaccidentes](http://www.instagram.com/todoslosaccidentes)

### **Al Ortiz**

Nació en el 1973 EH en Tucumán. Dicen sus padres que pidió leer a los tres años. Pero no tuvo un libro que fuera suyo hasta bien entrada la adolescencia. Su primera formación literaria fue con los llamados “géneros menores”. Espera que el cuento de esta antología sea, entre otras

cosas, también un pobre homenaje a Mary Shelley, Isaac Asimov y Philip K. Dick, a quienes aún visita de vez en cuando para recordar que aún en el futuro más oscuro puede haber esperanza.

### **Miriam Franco**

Licenciada en bibliotecología y documentación por la Universidad Nacional de Rosario. Cambió la inmensidad del Paraná por vivir frente al Nahuel. Le gustan los libros desde antes de saber leer: como objeto, tecnología, y promesa. Estudió letras, en minúsculas y con mayúscula. Trabaja en la Comisión Nacional de Energía Atómica donde catalogó libros, organizó actividades de divulgación de ciencia y tecnología y hoy tiene nuevos desafíos.



# Las y los ilustradores

## **Isabella Epstein** | @isa.uy

Diseñadora e ilustradora uruguaya, cursé la Licenciatura en Diseño Gráfico en la Universidad ORT. Me encanta crear para comunicar aquello que considero importante a través de la imagen.

## **Lucía Picerno** | @badass\_femme

Diseñadora Gráfica, ilustradora y Artista Uruguaya. Estudió Diseño Gráfico y Diseño industrial en La Universidad ORT, Uruguay y un Master en Goldsmiths, University of London, UK. En paralelo realizó cursos de Arte Contemporáneo en la Fundación de Arte Contemporáneo de Montevideo.

En 2018 creó su cuenta @badass.femme para compartir sus ilustraciones. Desde ese entonces se ha dedicado de forma profesional a la ilustración trabajando con clientes tales como Penguin Random House, Harper Collins, Unilever, Honda y Spotify. Su obra artística llena de colores busca promover el feminismo interseccional y abordar temas sociales relacionados con las mujeres. Actualmente trabaja de forma freelance como Diseñadora gráfica e ilustradora.

## **Berch Kotogian** | @berchkotogian

Diseñador y director de arte. Trabajo con conceptos, palabras e imágenes. En mis proyectos busco la atemporalidad, la solidez conceptual y la simplicidad formal.

## **Hernán Alfaro** | @alfaro.uy

De alguna semana de setiembre, nace en Flores. Se traslada a Montevideo y cursa la Licenciatura en Diseño Gráfico. Desde entonces ha trabajado en agencias, proyectos y participado de alguna exposición local. En lo que hace busca el equilibrio entre lo estético y lo significativo. De alguna forma, cree en lo mágico de crear algo que antes no existía.

### **Angelina Montero | @angelina.montero\_**

Ilustradora uruguaya con estudios en diseño textil y bellas artes, sus ilustraciones reflejan escenas ciudadanas cotidianas buscando transmitir emociones a través de imágenes simples pero evocadoras.

Su trabajo se caracteriza por su paleta de color y las formas irregulares inspiradas en la técnica collage, combina elementos infantiles con formas simples y geométricas.

### **Mariana Urriza Olagüe | @papera\_eta\_guraizeak**

Interesada desde niña por contar a través de objetos, colores, recortes, palabras o imágenes. En sus horas productivas es vasca, madre, amiga, compañera, directora de Arte en audiovisual, collagista autodidacta. Observadora del mundo y del cine, que es parte fundamental del mundo. Luchadora silenciosa por sobrepasar sus propios límites.

### **Lucía Boiani | @mluboiani**

Diseñadora gráfica e ilustradora. Portadista y directora de arte. Itinerante, entusiasta y expectante. Lluvia con sol.

### **María Egenai Salas “Neya” | @laneyaylabestia**

Aunque mi trabajo cotidiano gira en torno a la publicidad y medios audiovisuales, mi trabajo personal muestra pequeñas historias en ilustración y video con referencias a la vida diaria, eso que pasa normalmente.

Nace del amor, el sufrimiento y el humor con que cualquiera se enfrenta y supera las pruebas de la vida cotidiana. Todo con mucha ansiedad, ilusión y ganas de pasarla bien.

### **Flavio Herrera | @flavorherrera**

Diseñador e ilustrador venezolano residente en Uruguay. Además de su trabajo comercial ha incursionado en la animación y el tatuaje donde puede expresarse con mayor libertad a través de sus historias y personajes. Actualmente forma parte de Perro Studio con su pareja, también ilustradora Neya.

### **Federico Sáez | @federico.saez.anchorena**

Creativo Gráfico e Ilustrador Freelance, ex estudiante de la Licenciatura en Diseño Industrial de la Universidad ORT. Productor de @dispar.artes.uy, ciclo mensual, que busca fomentar la creación y difusión de nuestra cultura, a través de todos los medios posibles de expresión, en un espacio de experimentación orientado a la creatividad y la ilustración.





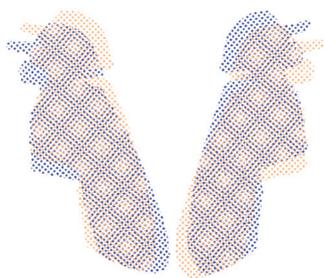
BUENOS AIRES - MONTEVIDEO  
ABRIL, 2024

Dirección de arte y curaduría de ilustradores: **Carolina Crubelo**

Diseño gráfico: **Isabella Epstein para Blog Mirá Mamá**

Con el apoyo de: **Eugenia Gelemur para Etc**

Impreso en: **@estudioenrollado - Buenos Aires**



Universidad  
Nacional  
de Quilmes  
*Posgrado*



saberes en territorio  
PROYECTO INTERUNIVERSITARIO  
DE CULTURA CIENTÍFICA

**Etc.**

**Entre tanta ciencia,  
tantas historias**